

LA DESINTEGRACION DEL UNIVERSO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



LA DESINTEGRACION DEL UNIVERSO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

GLENN PARRISH

LA DESINTEGRACIÓN DEL UNIVERSO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 580

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA -BOGOTÁ- BUENOS AIRES -CARACAS- MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0 Depósito lega): B. 23.849-1981

Impreso en España -Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. **A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21, 650) Barcelona- 1981

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

572 -*Los malvados seres de Urrh,* Lou Carrigan.

573 -*Crimen en el siglo XXL,* Curtis Garland.

574 -*Quince días sin sol,* Kelltom Mclntíre.

575 -*El poder en las sombras,* Ralph Barby.

576 -*Enigma,* Glenn Parrish.

577 -*Los herederos de la humanidad,* A. Thorkent.

578 -*Las torres de Pandora,* A. Thorkent.

579 -*Mamá computadora,* Lou Carrigan.

.

CAPITULO PRIMERO

Había salido a pasear con su perro, como todas las noches, pero aquélla, contra lo que había pensado, iba a ser muy distinta a todas. Dink, el colosal mastín, iba a su lado, olfateando todo cuanto encontraba a su paso, feliz de hallarse junto a su amo. Y el amo, Nolan Finnley, Brooke para los escasos amigos con que contaba, también se sentía feliz de pasear con el perro.

Estaban en unos parajes solitarios, alumbrados por escasos faroles, todavía muy anticuados. A aquellos barrios no habían llegado aún los últimos adelantos en cuestión de iluminación: las farolas sin columna, suspendidas en el aire por minúsculos motorcitos antigravedad, con giróscopo compensador de movimiento producidos por las rachas de viento, lo que las mantenía siempre en el mismo sitio. Allí, las farolas eran todavía de estilo antiguo, una columna curvada en lo alto, aunque, eso sí, la lámpara era completamente actual y alimentada, como todas, por una micropila solar que le proporcionaba energía indefinidamente. La tranquilidad era absoluta, pero, de pronto, se turbó a causa de unos gritos de mujer.

-¡No! ¡Suéltenme...! ¡Socorro...!

Las orejas de Dink se enderezaron inmediatamente. Finney procuró mirar hacia el lugar de donde procedían los gritos.

La voz se hizo de pronto más confusa.

-No... por favor...

-Basta de cuentos -dijo una voz de tonos broncos-. Ya hemos perdido demasiado tiempo. ¡Vamos, arriba con ella!

Movido por un oscuro instinto, Finney solió la traílla.

-¡Ataca, Dink! -ordenó.

Era evidente que había una mujer, en peligro. Finney solía ser hombre poco aficionado a crearse problemas, pero, en aquella ocasión, no podía desatender la llamada de socorro. Además, confiaba en el mastín.

Dink saltó hacia adelante, ganándole unos cuantos metros de terreno. Finney corrió también hacia el confuso grupo, que trataba de acercarse a un aeromóvil estacionado en uno de los bordes de la avenida.

El mastín ladró. Alguien sintió pánico.

-¡Cuidado con esa fiera!

Finney captó más detalles. Dos hombres llevaban en brazos a una mujer, que parecía joven, a juzgar por la esbeltez de las piernas que se divisaban casi por completo. Un tercero se hallaba junto a la puerta del aeromóvil, acuciando a los otros dos.

-¡Aprisa, estúpidos! -rugió.

Dink se abalanzó contra el hombre más próximo. Este, al ver al animal que se le arrojaba encima, soltó a la chica y se lanzó de cabeza al interior del vehículo.

El otro se rezagó un poco y aulló cuando unos poderosos dientes se clavaron en su antebrazo. La joven cayó al suelo y quedó inmóvil, perdido el conocimiento al parecer.

Mientras, los otros, viendo frustrado el intento de secuestro, cerraban la portezuela del aparato, que elevó el vuelo de inmediato. El hombre capturado por Dink, enloquecido por el dolor, sacó algo de su bolsillo derecho.

Un rayo de luz roja fue a parar directamente al pecho del hermoso animal. Sonó un débil aullido de dolor y Dink se desplomó fulminado. Sin embargo, el individuo no tuvo tiempo de volver a disparar su láser.

Hecho una furia, Finney, ordinariamente pacifico, cayó sobre él y lo molió a golpes. Enloquecido por la pérdida de su perro, Finney continuó golpeando al sujeto hasta que lo vio caer desvanecido a sus pies.

-Dios mío... -gimió-. Han matado a mi pobre perro...

Pero no tardó en reaccionar. Ya no se podía hacer nada por el animal. Era preciso atender a la mujer, de cuyos labios se escapaban frases incoherentes.

Finney se arrodilló junto a ella y, sosteniéndole la cabeza con las manos, le dio unos golpecitos en la cara, para ayudarla a volver en sí.

-Despierte, despierte...

Ella abrió los ojos y suspiró profundamente.

-No, no quiero ir con ustedes...

-Se equívoca, señorita -dijo Finney-. No soy un secuestrador. Todo lo contrario; he evitado que unos desaprensivos se la llevasen.

-¿E... es cierto?

-Sí. Mire, ahí está todavía uno de esos rufianes. Mi perro lo atacó y...

Finney sintió que se le estrangulaba la voz.

-Pobre Dink. Lo había criado desde que tenía apenas un par de semanas...

La joven se sentó en el suelo.

-Ya me encuentro mucho mejor -dijo-. Soy Marcela White.

-Nolan Finney -contestó él-. Encantado de conocería, señorita White.

-Usted me ha salvado de un serio contratiempo. Créame, le estoy sumamente agradecida. No sabe cuánto lamento la muerte de su perro...

-Usted está a salvo; eso es mucho más importante. -Finney se levantó tendió una mano hacia la joven-. ¿Qué más puedo hacer por usted, señorita White?

-Nada. Ya viene la Policía.

Finney se volvió. En la oscuridad del cielo, se divisaban las luces chispeantes de un aeromóvil de patrulla que se acercaba a toda velocidad.

Guardó silencio. De pronto, sintió que la mano de Marcela se apoyaba en su brazo y giró de nuevo.

Contempló a la muchacha unos instantes. Tendría unos veintidós años y era muy alta, sumamente esbelta, de líneas suaves pero también firmes. El pelo, apreció a pesar de la poca luz, parecía rubio, aunque no demasiado claro. El rostro tenía una expresión dulce y enérgica al mismo tiempo, pero, en todo caso, sumamente atractiva.

Marcela emitió una suave sonrisa.

-Quiero decirle una cosa, señor Finney. Cuando me necesite, sea por la causa que sea, pídame ayuda. Prometo hacer todo lo posible por usted si, cosa que no le deseo, se encontrase un día en algún apuro.

-Es usted muy amable, muchas gracias, señorita White -contestó él, mientras se disponía a soportar el interrogatorio de los policías que acababan de desembarcar del aeromóvil de patrulla.

* * *

La casa parecía sola sin Dink. Finney suspiró. Bueno, ya se buscaría otro perro, aunque dejaría pasar un tiempo, para olvidar al que había perecido por salvar a una joven encantadora. Tendría que empezar a olvidarlo y eso le llevaría meses quizá...

Cerró la puerta, agitó una mano y se encendieron las luces del apartamento. En la pared frontera se encendió una pantalla de dos metros de largo por uno y medio de altura.

-No te he ordenado encender la televisión -dijo al invisible robot que gobernaba el aparato.

El robot, por supuesto, no le contestó. Finney arrugó el ceño.

-Apágate -ordenó.

Pero la pantalla continuó encendida. Finney se dispuso a utilizar el mando manual, que sólo se empleaba en situaciones de emergencia, pero, en el mismo momento, apareció en la pantalla la mitad superior del cuerpo de un individuo.

-¿Es usted Nolan Finney, Clave EET-49-560-8801?

-Sí -respondió el joven maquinalmente-. Pero no es muy común recibir comunicaciones a través de la pantalla de un televisor ordinario...

-Este es un caso excepcional. Señor Finney, deberá presentarse mañana, a las diez en punto, en el edificio de Relaciones Extraterrestres, séptima planta, departamento Azul-Azul. Todos los servicios de seguridad estarán advertidos de su llegada y tendrán elementos de identificación suficientes, para evitarle problemas. Esta comunicación queda grabada, de modo que puede repetirla, si lo estima necesario -dijo el desconocido de un tirón.

-Eh, espere -gritó Finney-. Yo tengo un trabajo...

-Estarán advertidos en su oficina, no se preocupe por ello.

-Bueno, de todas las cosas sorprendentes que he oído en mi vida, ésta es la más grande -rezongó el joven.

-Aún no ha oído cosas todavía más gordas -repuso el desconocido,

no sin una punta de humor en su tono-. Buenas noches, señor Finney.

A las nueve y treinta de la mañana del día siguiente, un sujeto uniformado le anunció que tenía un aeromóvil a su disposición, en la terraza del edificio. Finney se vio a bordo del aparato, conducido como en sueños, y luego se apeó en la terraza del enorme caserón de Relaciones Extraterrestres.

Un oficial uniformado le acompañó por la ruta que debía seguir, dejándole ante una puerta etiquetada con el extraño nombre Azul-Azul. Finney consultó su reloj: faltaban seis segundos para las diez.

A las diez en punto, se abrió la puerta y Finney cruzó el umbral, para hallarse ante una serie de personas a las que jamás había visto en su vida y a quienes, por su indumentaria, identificó inmediatamente como no nacidas en la Tierra.

* * *

Eran seis los desconocidos, y todos se hallaban sentados en sendas sillas, formando un semicírculo de curva muy amplia, en un gran salón, decorado en dos tonos de azul. Quizá por eso le han dado, un nombre tan raro, pensó.

Los desconocidos eran hombres de unos cincuenta años como mínimo y vestían unas extrañas túnicas de color verdoso, con orlas negras y amarillas. Un séptimo individuo aguardaba en pie y era terrestre. La indumentaria no engañaba.

El hombre avanzó hacia Finney y sonrió, a la vez que le tendía una mano:

-Bien venido -saludó-. Señor Finney, soy Avery Lark, ayudante principal del ministro de Relaciones Extraterrestres. Por encargo del señor ministro, estoy aquí para comunicarle la misión que le va a ser confiada, en nombre del gobierno de la Tierra.

Finney miró con recelo al sujeto.

-Señor Lark, ¿sabe que no soy funcionario público? -dijo.

-Lo sé. Sabemos incluso cosas que usted ignora de sí mismo -

contestó Lark benevolentemente-. Pero ahora, por favor, permítame que le presente a la delegación del consejo de gobierno de Jukko, desplazada a la Tierra para solicitar nuestra ayuda, en virtud del convenio firmado entre ambos planetas hace treinta y cinco años y que continúa plenamente vigente. -Lark citó cinco nombres y se detuvo ante el último-: Y, finalmente, Theldo Ragg-Zoar, jefe de la delegación -concluyó.

Ragg-Zoar, hizo, como los otros, una inclinación de cabeza, sin levantarse de su asiento. Lark acercó una silla al joven.

-Por favor, escuche al jefe de la delegación de Jukko -solicitó cortésmente.

-¿Van a decirme lo que quieren de mí? -preguntó Finney, que no había salido todavía de su asombro.

-En efecto. Cuando guste, jefe.

Entonces, Ragg-Zoar se puso en pie.

-Señor Finney, antes de nada debe saber que hemos realizado innumerables y exhaustivas investigaciones acerca de la persona que mejor podría cumplir la misión que le vamos a encomendar. Se asombraría si supiera la cantidad de fichas examinadas por nuestros ordenadores, antes de que uno de ellos mencionara su nombre como el más adecuado. ¿Me va siguiendo?

El joven asintió.

-Entonces, continuaré -elijo Ragg-Zoar-. Se trata de lo siguiente: Kryna Sollq, nuestra Maga, ha desaparecido, sospechamos que secuestrada, no sabemos dónde está y es urgente y absolutamente necesario encontrarla. El nombre de Maga no define exactamente su posición; es, aproximadamente, la traducción de la palabra correspondiente de nuestro idioma. Pero, en fin, esto es un tema de escasa importancia. La importancia real estriba en encontrar a Kryna antes de que sea demasiado tarde.

-¿Por qué?

-Por la sencilla razón de que en Kryna están todos los conocimientos de nuestro pueblo y no podemos permitir, no ya que se pierdan, sino que pasen a otras mentes que puedan hacer un mal uso de tales conocimientos -respondió Ragg-Zoar.

-O sea, la han secuestrado para sonsacarla...

-Exactamente, señor Finney. Por eso hemos recurrido a la Tierra y, en su nombre y tras la selección correspondiente, a usted. Esperamos que encuentre a nuestra Maga antes de que sea demasiado tarde.

Hubo un momento de silencio. Luego, Finney volvió los ojos hacia Lark.

-¿Sabe usted lo que me están pidiendo estos caballeros? -preguntó.

CAPITULO II

Lark parecía muy ocupado llenando copas situadas en una bandeja. Al terminar, tomó ésta y empezó a pasarla por delante de los huéspedes. A Finney le sirvió el último.

-Lo sé perfectamente -contestó por fin.

-Señor Lark, usted no sabe bien lo que se hace...

El funcionario movió una mano.

-El señor Ragg-Zoar no ha terminado aún su explicación -sonrió.

-Muy bien -accedió Finney-. Supongo que después me permitirán explicarme a mí.

-Nada más justo -contestó Lark.

-Hable, jefe -invitó el joven.

-Nuestras Magas suelen vivir, por término medio, alrededor de doscientos años, tiempo terrestre -dijo Ragg-Zoar calmosamente-. Tienen la rara virtud de conocer la proximidad de su fin con escasas fechas de diferencia, y entonces se retiran a un lugar inaccesible y secreto, del que regresan pasado un tiempo prudencial encarnadas en otra mujer, mucho más joven, que pasa así a convertirse en nuestra Maga, dueña de todos los conocimientos de la anterior. Precisamente, cuando Kryna se disponía a retirarse, fue cuando se produjo el secuestro.

-Y no saben dónde está.

-Lo ignoramos por completo, aunque, eso sí, está en Jukko. Los secuestradores no pueden sacarla del planeta; las condiciones ambientales de otro mundo resultarían fatales para Kryna en esa época de transición.

-Y yo he de encontrarla...

-Antes de su reencarnación en la sustituía. Porque si los secuestradores Consiguieran su propósito, la sustituía tendría la mente vacía de los conocimientos tan preciosos, pero, a la vez, tan funestos para nuestro pueblo.

Finney hizo un gesto con la cabeza.

-No acabo de entenderlo muy bien. ¿Cómo elige la Maga a su sustituía?

-Lo siento. Es un secreto exclusivo de la Maga... de todas las Magas. A veces sospechamos que la nueva Maga ha sido fabricada directamente por ella, durante su época de retiro, pero no hemos podido ni querido comprobarlo. Nos basta saber que es ella.

-A menos que se trate dé una impostora.

-No. Cuando la Maga se retira, deja escrita una larga carta, redactada en presencia del consejo de gobierno, pero sin que nadie pueda leerla. Al parecer la sustituía, debe recitar de memoria el contenido de esa carta. Así sabemos que no ha habido fraude.

-Muy bien -dijo Finney-. Y ahora, mi objeción, dirigida más bien al señor Lark. -Se volvió hacia el aludido-. Míreme, por favor -solicitó, a la vez que se ponía en pie.

-Lo estoy haciendo -sonrió Lark.

-Entonces verá que está ante un hombre de metro setenta y cuatro y setenta kilos de peso, de aspecto completamente normal, complexión más bien regular y escasamente aficionado a los deportes, aunque debo admitir que tengo una salud excelente y que mi apetito es normal. Pero, hasta ahora, ha desempeñado un oficio sedentario, en el que no se deja nada a lo imprevisto. Sinceramente, después de todo lo expuesto, ¿cree usted que yo sirvo para el papel de agente secreto?

-Sí -contestó Lark.

-Agente secreto... -sonrió el joven-. Alto, fornido, gallardo,

inteligente, astuto, despiadado, hábil gimnasta, capaz de pilotar toda clase de vehículos construidos por la mano del hombre; capaz de correr los cien metros en nueve segundos o de trotar durante cincuenta kilómetros sin descansar; irresistible conquistador de mujeres herniosas y... Bueno, si yo soy todo eso, usted es mi padre y no puede ser, porque aún vive y porque usted tiene apenas cinco años más que yo. Lark se echó a reír. Ragg-Zoar sonrió, al parecer divertido por las frases del joven.

-Amigo Finney, no se preocupe -dijo el primero-. Para solucionar todos esos inconvenientes, le meteremos dos semanitas en la cámara de entrenamiento de aceleración temporal, en donde, esas dos semanas se convertirán en un año, y de la cual saldrá convertido física y mentalmente en todo cuanto ha mencionado.

Finney se quedó con la boca abierta.

-Cámara de entrenamiento, con aceleración temporal...

-El tiempo se comprime, por decirlo así, hasta veinticinco veces su valor normal, lo cual equivale, en su caso, a las cincuenta y dos semanas de un año. Pero puedo garantizarle que no quedarán secuelas de la operación y que su aspecto, a menos que prefiera conservar el nuevo que le vamos a dar, podrá volver a ser el que tiene, si así lo desea. Siempre cuando esté terminada su misión, claro está.

-Por la cual, además de nuestro reconocimiento eterno, recibirá una pensión vitalicia de ciento cincuenta mil créditos mensuales -añadió el jukkonita.

-Libres de impuestos -puntualizó Lark.

Finney continuaba sin salir de su asombro..

-Yo... ¿me darán todo eso?

-Firmaremos el contrato ahora mismo -aseguró Lark.

-Durante su entrenamiento, se le enseñarán leyes, usos y costumbres, geografía e historia de Jukko. Conocerá el planeta tan bien como un nativo -dijo Ragg-Zoar...

Finney se sentía muy deprimido.

-Supongo que no puedo negarme -murmuró.

-Hay sustitutos, claro -contestó Lark-. Pero las posibilidades entre usted y el que le sigue en la lista, son de cien a treinta y dos.

-Por favor... -rogó Ragg-Zoar.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Lark exclamó:

-Por supuesto, se le facilitarán todos los medios, armas e instrumentos que estime necesarios. Y si desea utilizar algún colaborador de su confianza, no tiene más que nombrarle) y lo buscaremos.

Finney meneó la cabeza.

-No, no quiero hacer pasar a otro los malos tragos que yo habré de pasar, sin duda -replicó.

* * *

Las dos semanas siguientes, que para Finney resultaron un año, fueron de una actividad enloquecedora. Le drogaron, le operaron quirúrgicamente, le atiborraron de toda clase de conocimientos, tanto despierto como durante el sueño, le sometieron a innumerables pruebas de toda índole y hasta le enseñaron a tocar un par de instrumentos musicales, é! que siempre había sido de una torpeza supina en tal aspecto.

Al fin, un día se le anunció que su entrenamiento había terminado. Entonces se le permitió mirarse al espejo.

Era de cuerpo entero y pasó al otro lado, porque no estaba seguro de que no hubiera otro hombre detrás del cristal azogado. Ahora medía un metro noventa, pesaba ochenta y cinco kilos y tenía el pelo rubio, rizado, los ojos azules, la mandíbula cuadrada y unos bíceps de atleta. El rostro, sin embargo, conservaba los rasgos principales, cosa que le tranquilizó notablemente.

Estaba listo para encontrar a la Maga. Se preguntó si sería capaz de conseguirlo. En cierto modo, ahora le atraía la aventura. Si la terminaba con éxito, el premio, una pensión vitalicia a los veintiocho años, resultaba muy apetitoso.

De pronto, se le ocurrió una idea. A pesar, de sus declaraciones en contrario, ¿no le convendría un ayudante, a fin de que le descargase de operaciones de tipo más bien rutinario?

Pero no conocía a nadie que fuese capaz.

De pronto, chasqueó los dedos.

-Ella -exclamó-. Podría ser la persona que necesito.

Lark entró en aquel momento.

-¿Satisfecho, Brooke?

Finney le miró de reojo. -Necesito un ayudante -dijo.

-Lo sabía. Precisamente por eso, le he preparado una lista...

-Olvídelo -cortó él, con una resolución de que no se habría sentido capaz dos semanas antes-. Ya he elegido a mi ayudante.

Y echó a andar hacia la puerta.

-¿Por qué no me dice su nombre? -inquirió Lark.

-Espere a que haya aceptado. Si no es así, puede que eche mano de su lista... aunque entonces preferiría ir solo -contestó Finney, cuando ya salía por la puerta.

* * *

Desconcertado, se detuvo ante la. verja que cerraba el ac ceso a la propiedad. A otro lado había un inmenso jardín, el cual rodeaba a una gran casa que apenas si podía entreverse entre el follaje de los numerosos árboles que crecían en aquel lugar. Entonces fue cuando, de súbito, pensó en la relación que el apellido White podía tener con cierta poderosa empresa armadora de astronaves de transporte.

Meneó la cabeza. No, no podía pedirle a la muchacha que fuese su ayudante. Marcela le ofrecería dinero, recomendaciones, influencias, pero no aceptaría viajar con él hasta Jukko y menos aún, comprometerse en una aventura, preñada de peligros.

De repente, oyó una voz femenina.

-¿Busca a alguien, señor?

Finney se volvió en el acto. Marcela estaba ante sus ojos, tripulante de una anticuada bicicleta a pedales, con la cual, evidentemente había estado haciendo ejercicio.

-A usted -contestó sonriendo-. ¿Cómo se encuentra, señorita White?

Ella le miró extrañada.

-Me conoce -exclamó.

-Un intento de secuestro, un secuestrador herido por un perro que murió... "

-Ah, usted era uno de los policías...

-No. Soy Nolan Finney.

Marcela se puso seria.

-No me gustan ciertas bromas -respondió-. Aunque sólo le vi una vez conozco muy bien al señor Finney. Usted se le parece un poco, pero no...

-Por favor, ¿me permite que le explique a grandes rasgos lo que sucede? Escúcheme y después podrá rechazarme... o invitarme a una taza de café en su casa.

-Usted parece buena persona -dijo ella-. Empiece a hablar.

Finney inició su relato. Un cuarto de hora más tarde, Marcela expresaba su sorpresa con el rostro y las palabras.

-Es... increíble -manifestó-. La transformación es total... Es un hombre guapísimo...

-¿Verdad que sí? -sonrió Finney, satisfecho.

-Antes me pidió una taza de café. Vamos adentro, Brooke.

-Gracias, Marcela.

La reja se abrió cuando ella utilizó la llave de ultrasonidos. Llevando la bicicleta del manillar, Marcela caminó al lado de! joven.

-¿Ha comprado ya otro perro, Brooke? -preguntó ella.

-No. Me parece aún demasiado pronto para sustituir a Dink.

-¡Pobre animal! Murió por salvarme a mí... La verdad, yo le hubiese comprado otro, en sustitución de Dink, pero me pareció que era algo demasiado personal. No obstante, estoy dispuesta a reembolsarle los gastos...

-Olvídelo, lo hice como un deber. Pero, ¿por qué querían secuestrarla?

-Imagíneselo -sonrió Marcela.

-¿Dinero?

-Sí. Alguien juzgó que yo tenia demasiado. La culpa no es mía; lo heredé de mi padre y de mi tío, que eran socios y que ganaron una inmensa fortuna descubriendo asteroides con minerales útiles. Todo el mundo puede hacerlo; los asteroides, según la ley, son libres... claro que hace falta empuje y decisión para lanzarse al espacio y trabajar a veces durante años enteros, sufriendo incontables fracasos, hasta dar con el filón deseado. Naturalmente, algunos piensan que es mucho más sencillo secuestrar a una persona adinerada.

-Nunca faltan tipos de esa calaña, en efecto -convino Finney-. ¡Y yo que venía a ofrecerle una pensión vitalicia de seiscientos mil créditos anuales, libres de impuestos! -¿Por qué, Brooke? -se extrañó la muchacha. -Me han encomendado un trabajo muy especia!... pero ya no tiene sentido que le confíe mis problemas. Aceptaré su taza de café y buscaré otro ayudante. Marcela le miró con simpatía.

-Haremos una cosa -propuso-. Tomaremos café, usted me cuenta su problema y luego decidiré si quiero ganarme o no esa pensión vitalicia. ¿Le parece bien?

-Por mí, encantado, pero... -dudó él, al ver la magnificencia de la mansión que ya tenía delante de sus ojos. A unos treinta pasos de la entrada, había un pino colosal, de más de cincuenta metros de altura, a cuyo pie y protegidos por el frondoso ramaje, se divisaban unos muebles de jardín. Marcela observó el asombro del joven al ver el enorme árbol.

-Estaba ya aquí cuando mi padre hizo construir la casa. Es una secoya y no demasiado vieja, puesto que se calcula que sólo tiene unos mil quinientos años -explicó-. Si no le importa, tomaremos el café aquí

mismo.

-Encantado -accedió Finney.

Marcela dejó la bicicleta a un lado y sacó el aparato de. control. Finney la contempló a hurtadillas, alta, esbelta como una Diana cazadora, y lo parecía con su indumentaria, blusa de manga corta y pantalones de deporte. El pelo estaba sujeto por una ancha cinta de color azul, que le prestaba un encanto difícilmente superable. Apenas si, embobado, oyó la voz de la muchacha que pronunciaba una orden:

-Rob-Tres, café para dos, en la secoya.

CAPITULO III

Un robot sirvió el café, hábil y diestramente, y se retiró después. Finney pensó que la fortuna de Marcela no se podía calcular en cifras. Los robots sirvientes eran relativamente comunes, pero, aun así, el precio seguía resultando prohibitivo para un hombre de ingresos medios.

Y ella tiene tres por lo menos..., pensó.

Marcela sonrió.

-Bueno, Brooke, empiece a hablar -invitó.

-Sí, claro, ahora mismo.

Un cuarto de hora más tarde, Marcela estaba enterada de todo. Reflexionó unos momentos y luego alzó la vista hacia el joven.

-Brooke, acepto. Seré su ayudante -dijo.

-Pero usted no puede... Tiene medios de vida más que sobrados... Amigos, relaciones... No debe abandonar todo por correr riesgos gravísimos, incluso podría perder la vida...

-Brooke, a usted le han transformado radicalmente, entrenándolo de una forma como jamás llegó a imaginarse. Pero eso no es todo; sin falsa modestia, yo puedo hacer cosas que a usted le están vedadas... aparte de que no soy tonta. Nunca me gustó la ociosidad y... ¿que diría usted si supiera que estoy terminando mi tesis doctoral sobre

ultrafísica?

Finney se quedó con la boca abierta.

-¿Es posible?

-Debo leer la tesis dentro de tres meses y ya la tengo casi terminada. Pero últimamente, he trabajado con gran intensidad y necesito ventilar un poco mi cerebro. Por eso precisamente estaba paseando aquella noche, cuando intentaron secuestrarme... y no creo que cinco o seis semanas de suspensión de mis trabajos afecten para nada a mi objetivo. Acépteme, se lo ruego -suplicó Marcela con gran vehemencia.

Finney la miró unos segundos y acabó por sonreír.

-De acuerdo, pero con la condición de que aceptará la pensión de cincuenta mil mensuales.

-Oh, el dinero no es problema para mí...

-Insisto, Marcela.

-Muy bien, como guste. -Ella le tuteó de repente-. ¿Tienes algo que hacer hoy?

-Por el momento, no.

-Entonces, quédate. Cenaremos juntos y si lo deseas, hay habitaciones para huéspedes. ¿Cuándo piensas viajar a Jukko?

-Mañana iré a examinar la astronave. En cuanto vea que todo está listo, despegaré.

-Despegaremos -corrigió ella con deliciosa sonrisa.

Finney sonreía también. De repente, se puso serio, a la vez que se llevaba las manos a las sienes.

Marcela se alarmó.

-¡Brooke! ¿Qué te ocurre?

El joven no contestó. Con los ojos de la mente, contemplaba una escena que estaba sucediendo a cientos o quizá miles de kilómetros.

* * *

El hombre preparó su fusil, que tenía el cañón algo más grueso y largo de lo ordinario, apoyándolo en el antepecho de su ventana situada en una casa solitaria, edificada junto al mar. La playa estaba a unos cincuenta metros y, en aquellos momentos, aparecía absolutamente desierta.

El calibre del arma era de quince milímetros. Tenía una mira muy extraña; parecía como si le hubieran acoplado unos prismáticos, sujetos por un soporte lateral, de tal modo que los oculares quedaban justo a la altura de los ojos del tirador. Delante del gatillo, tenía una caja negra, oblonga, de la que salían dos cables muy finos, que iban a parar a un extraño casco de metal pavonado, situado sobre la cabeza del tirador.

Un cartucho fue introducido en la recámara, que el tirador cerró con infinito cuidado. Sentóse luego en la silla que había preparado, apoyó el arma y dio media vuelta a una llave situada en el lado izquierdo de la caja negra, que no era otra cosa que una pequeña pero potente batería electrónica.

Con la misma mano izquierda, movió una ruedecilla, situada en la parte superior y central de la mira binocular. Al cabo de unos segundos, las imágenes empezaron a formarse ante sus ojos, aclarándose con rapidez, a medida que graduaba el visor.

Dos figuras aparecieron en sus retinas. Estaban sentados a ambos lados de una mesa de jardín y al pie de un árbol de gran altura. La cruceta filar quedó situada justamente sobre el pecho del hombre.

El tirador afinó un poco más los elementos de puntería. El blanco aumentó aparentemente de tamaño. Ahora ya sólo podía ver el hercúleo torso del hombre.

Y entonces fue cuando Finney se llevó las manos a las sienes.

* * *

Finney lanzó un grito estridente. Al mismo tiempo, se arrojó a un

lado, extendiendo ambas manos, con las que derribó a Marcela, enormemente sorprendida por la inesperada acción del joven. Cuando caía de espaldas, oyó un terrible chasquido.

El tronco del secoya se desintegró a un metro y medio del suelo. Casi en una dorada nube de astillas poco menos que microscópicas.

Durante una fracción de segundo, el gigantesco árbol, privado de sustentación, pareció quedar inmóvil en el aire. Luego cayó de golpe. A continuación empezó a ladearse.

Se oyeron unos terribles crujidos. Finney abrazó a la muchacha, todavía tendidos en el suelo, cubriéndola con su cuerpo. La secoya iba a caerles encima, pensó, aterrado. *J.*

Pero el árbol, después de unas espantosas oscilaciones, se ladeó hacia el camino que conducía a la salida del jardín. El estruendo de la caída, con cientos de ramas que se quebraban como palillos, resultó atronador y el suelo tembló, como sacudido por un terremoto.

Finney se incorporó un poco y contempló con tristeza el árbol caído. Marcela se sentó, todavía aturdida y sin comprender lo ocurrido.

-Brooke, ¿qué ha pasado aquí? -exclamó.

-Me parece que nos han disparado con un fusil mental -contestó él.

-¿Qué? Nunca he oído nada semejante...

El joven se levantó de un salto.

-Lo siento, no tengo tiempo para explicaciones -dijo-. Voy a ver si consigo capturar al hombre que ha estado a punto de matarnos. Disparó contra mí, es cierto, pero si la secoya hubiese caído en otra dirección, ahora estaríamos reducidos a pulpa.

Y echó a correr.

Marcela quiso seguirle, pero el joven se había convertido en una mancha confusa, desplazándose con una velocidad muy superior a la de un caballo al galope. Mientras corría, Finney gritó una petición; -¡Ábreme la cancela!

Marcela presionó la tecla correspondiente en la caja de control. Finney atravesó la puerta, refrenó un poco su marcha y se metió de un

salto en el aeromóvil en que había viajado hasta allí y que, por discreción, no había querido estacionar en el interior de la propiedad.

El aparato había sido acondicionado especialmente, según sus propias indicaciones. Finney pensaba llevarlo consigo en el viaje, para utilizarlo en sus desplazamientos por Jukko.

Apenas se sentó en el puesto de mando, agarró un casco y se lo puso, bajando a continuación una extraña visera, muy gruesa, provista de unos anteojos de cristal oscuro, aunque no totalmente opaco.

Las manos, mientras tanto, se movieron aceleradamente sobre el cuadro de instrumentos. El entrenamiento en la cámara de aceleración temporal daba sus frutos.

Diez segundos más tarde, el aparato se elevó raudamente. El índice de Finney se apoyó sobre una tecla de color amarillo, rotulada con una indicación sumamente expresiva: PSICOMOTOR.

Las imágenes se sucedían raudamente en sus pupilas. De pronto, vio una casa junto a una playa. En el interior, un hombre desarmaba un fusil de extraño aspecto. Entonces, Finney hundió a fondo la tecla que ponía en marcha el motor movido por su mente.

El aeromóvil volaba a unos ochocientos kilómetros por hora. Súbitamente, se hizo invisible.

* * *

El fusil mental quedó desarmado a! fin y colocado en los alvéolos correspondientes de la maleta que servía para un discreto transporte. Kent Zopp sonrió satisfecho. Le habían pagado bien y se había ganado hasta el último centésimo de su salario.

Agarró la maleta y abandonó la casa. Cuando cruzaba el umbral, un hombre le cerró el paso.

-Hola -sonrió Finney.

Zopp se quedó atónito.

-No puede ser -dijo.

-Estoy vivo -contestó el joven-. Los fusiles mentales son muy útiles en ocasiones, pero tienen un grave defecto: no siempre se pueden utilizar, en especial contra personas de mente cuyo poder es muy superior a lo normal.

Zopp se quedó parado un instante. Luego, de súbito, retrocedió un paso, dejó caer la maleta y sacó algo que brilló en su mano derecha.

-Tu mente no servirá nada contra este láser -dijo.

La mano de Finney se movió con relampagueante velocidad. Zopp sintió un terrible dolor en el brazo. La pistola voló por los aires diez metros. Zopp se arrodilló creyendo que le habían arrancado también el brazo.

Finney se le acercó y, agarrándolo por el cuello de su blusa, lo izó a pulso sin la menor dificultad. Así lo introdujo en la casa y, una vez en la estancia desde la que había hecho el disparo, lo arrojó contra un rincón.

Zopp quedó en el suelo, aturdido y con la sensación de tener todos los huesos molidos. Mientras, Finney permanecía frente a él, con las piernas separadas y las manos apoyadas en los costados.

-Has intentado matarme -dijo-. ¿Por dinero?

Zopp asintió pesadamente.

-¿Cuánto? -preguntó él.

-Un cuarto de millón y el fusil mental.

-Ah, no lo tenías.

-Cuesta muy caro. Sugerí que me lo comprasen ellos.

-¿Ellos? Pronuncia sus nombres.

-Sólo sé uno: Arghord. Ignoro si es suyo o falso...

-Es su nombre auténtico -puntualizó el joven-. ¿Cuántos más estaban con Arghord?

-Dos. Parecían sus guardaespaldas, pero no despegaron los labios en ningún momento.

-No eran terrestres, ¿verdad? Zopp sacudió la cabeza.

-Le he dicho todo lo que sé. Ahora, déjeme ir... -No tengas prisa -dijo Finney-. Disparaste contra mí, pero, ¿tenías que comunicárselo a Arghord?

-Sí.

-¿Una llamada videofónica?

-Sí -murmuró el abatido sujeto.

-Dame la clave.

-OKT-55-901-443756.

La mente de Finney había sido estimulada de tal manera que podía recordar con absoluta exactitud cualquier dato que juzgase interesante. Por lo tanto, no se molestó en anotar las cifras correspondientes al videófono que debía recibir el mensaje del asesino profesional.

-Te dieron el fusil mental y viniste aquí, porque, a cuatro mil ochocientos kilómetros de distancia, no podrían relacionarte con mi muerte -dijo el joven tras una ligera pausa.

Zopp volvió a asentir.

-Levántate -ordenó Finney.

El hombre obedeció.

-¿Qué va a hacer ahora conmigo? -preguntó.

-Saldrás de aquí y te presentarás al puesto de Policía más próximo, acusándote de tener un fusil mental sin licencia y entregarás el arma. Eso es todo.

-Sí, señor.

Zopp no lo sabía, pero estaba bajo hipnosis. Mansamente, siguió a Finney y salieron de la casa. Momentos después, dos aeromóviles levantaban el vueiq, pero sólo uno disponía de psicomotor.

* * *

-¡Hola! -saludó Finney alegremente-. Ya estoy aquí.

Marcela corrió a su encuentro y le cogió de las manos.

-Estaba impaciente -confesó.

-Bien, todo resultó a la perfección, aunque, ciertamente, no he visto todavía al hombre que pagó a un asesino profesional. Pero ya lo haré mañana; aunque no conozco su dirección, tengo la clave videofónica.

-No te lo dirán en la Central; está prohibido...

-A mí me lo dirán. Es decir, a otra persona, a quien si le facilitarán este dato... Pero, ¿no dijiste antes que ibas a invitarme a cenar?

-Claro que sí -contestó ella. Se colgó del brazo de Finney y caminaron juntos hasta la casa-. Brooke, explícame, ¿qué es un fusil mental?

-Bien, es un arma relativamente nueva y cuyo uso está sumamente restringido, como puedes suponer. El tirador, sin embargo, ha de conocerla la posible víctima o, por lo menos, tener una fotografía suya. El fusil dispone de una emisora que refuerza las ondas cerebrales del tirador hasta límites inconcebibles, de tal modo que éste puede ver el blanco, aunque se encuentre a cuatro mil ochocientos kilómetros, como en mi caso. La bala es relativamente corriente, pero apenas salida del cañón, la mente del tirador la impulsa a una velocidad espantosa, de decenas de miles de kilómetros por minuto.

Prácticamente, podría decirse que esa bala se desplaza por el subespacio, aunque se materializa cuando está en las inmediaciones del blanco. La velocidad de llegada es de unos cuarenta mil kilómetros por segundo y, aunque el proyectil es macizo, esa enorme aceleración provoca un impacto catastrófico. Por eso, la bala, de sólo quince milímetros de grueso, pudo destrozar sin dificultad tres o cuatro metros del tronco de secoya, con vertiendo en serrín ese trozo del árbol.

-Entonces, si te hubiera alcanzado a ti... -dijo Marcela temerosamente.

-Me habría convertido en serrín... de sangre, carne y huesos.

-Por favor -rogó la joven.

-Lo siento; no quise herirte.

Entraron en la casa.

-Creo que deberíamos tomar una copa antes de la cena -propuso ella-. Pero... has dicho que el tirador estaba a cuatro mil ochocientos kilómetros. Por tanto, en menos de una hora, has recorrido nueve mil seiscientos. ¿Qué fabulosos poderes te han conferido durante ese entrenamiento, Brooke?

-A veces, yo mismo me asusto. Mi aeromóvil dispone de psicomotor, lo que significa que puedo moverlo con la mente, a velocidades que ni siquiera me atrevo a calcular. Prácticamente, podría decirse que he viajado a la velocidad del pensamiento -concluyó Finney.

-Brooke, me aterran tus poderes -confesó ella-. Sé que te han elegido después de una minuciosa consulta a los ordenadores y que, en cierto modo, no has podido negarte. Pero voy a pedirte un favor...

-Sí, desde luego -accedió él sin vacilar.

-Cuando hayas rescatado a la Maga, pide que te conviertan nuevamente en un hombre normal.

Finney asintió.

-Pensaba hacerlo -contestó.

CAPITULO IV

-Arghord es el brazo derecho de Rahah-Hin, que es quien encabeza e! grupo de descontentos que desean apoderarse de los conocimientos de Kryna -explicó Finney al día siguiente, mientras se dirigían a la dirección que le había facilitado Lark.

-O sea, el ejecutor -dijo Marcela.

-Si se toma en el significado de verdugo, la palabra es absolutamente correcta.

-Debe de ser un hombre muy peligroso, ¿no crees? Pero lo que no entiendo es por qué no te atacó él personalmente, en lugar de contratar a un asesino profesional.

-Bueno, Arghord, a fin de cuentas, ocupa un cargo oficial en la Embajada de su planeta. No le convenía provocar un incidente diplomático.

-Un asesino profesional era la mejor solución, supongo.

-Sobre todo, porque confiaban en su discreción, pero, estoy seguro, desconocen algunos detalles de mi entrenamiento.

-Sí, tuvo que ser muy especial -convino ella-. Ahora bien, si la posible víctima intuye que le están apuntando con un fusil mental, como en tu caso, ese cacharro no sirve para nada.

-Ya lo creo que sirve -contestó él con viveza-. Lo que sucede es que muy pocas personas podrían detectar las emisiones cerebrales de un tirador provisto de un fusil mental. Zopp pensó en mí con gran intensidad, yo capté sus ondas cerebrales y me imaginé cuál era su procedencia. Por eso tuve tiempo de apartarme a un lado.

-Y a mí también -sonrió Marcela.

-Afortunadamente -dijo el joven.

Un cuarto de hora más tarde, Finney detenía el aeromóvil en la explanada situada frente a un edificio que lucía un pomposo rótulo: HOTEL DE LAS CIEN GALAXIAS. Finney emitió una risita desdeñosa.

-Apenas nos movemos por la nuestra... -comentó burlón.

Acompañado por la muchacha, penetró en el hotel. El mostrador de recepción estaba atendido por un humano, con varios robots como auxiliares.

-Señor -dijo el encargado de recepción.

-Soy Nolan Finney -se presentó el joyen-. Deseo hablar con el señor Arghord.

-Lo siento, el señor Arghord canceló su cuenta esta mañana.

-¿Significa que se ha marchado?

-Sí. señor.

-¿Adonde, por favor? -Terció Marcela.

-Lo siento, señora; el reglamento del hotel nos prohibe dar

información acerca de nuestros clientes -respondió el recepcionista.

Tranquilamente, Finney metió la mano en un bolsillo y sacó algo que enseñó al sujeto.

-Vea esto, por favor -rogó.

Los ojos del empleado se dilataron.

-Sí, señor. Dispense, señor, pero el reglamento es muy severo...

-Usted ya ha cumplido y no tiene nada que reprocharse -cortó el joven-. Ahora, por favor, dígame adonde se fue el señor Arghord.

-Es un personaje inmensamente rico, señor. Tiene nave propia y... Bien, ordenó que la alistasen de inmediato, porque quería regresar rápidamente a Jukko. Eso es todo lo que puedo decirle, señor Finney.

-No se iría solo, supongo -dijo Marcela.

-Oh, claro que no; le acompañaban sus dos criados.

-Es suficiente, muchas gracias -sonrió el joven-. Vámonos, Marcela.

Volvieron a la calle. Una vez fuera, Marcela le miró inquisitivamente:

-Arghord olió a quemado y se largó -dijo gráficamente-. ¿Qué hacemos nosotros ahora?

-Sólo nos queda una solución: prepararlo todo para el viaje.

-Estoy deseando alzar el vuelo, Brooke.

-Yo deseo otra cosa con más intensidad, Marcela.

-Dime, por favor.

-Volver a casita y recuperar mi verdadera personalidad.

Ella palmeó cariñosamente su antebrazo.

-Lo conseguirás -vaticinó.

* * *

Volaban por el espacio, a velocidades que ni la mente más fértil era capaz de imaginar. La astronave, sin embargo, sumida en la lechosa neblina del subespacio, parecía inmóvil.

Marcela, en la cocina de la nave, preparaba el almuerzo. Finney estaba ante los mandos, observando cuidadosamente la menor alteración en las indicaciones de los instrumentos. De cuando en cuando, ponía en marcha un extraño aparato, del que había sido provista la astronave, poco antes de su despegue.

La pantalla permanecía limpia de toda imagen. Finney se dijo, que, pese a todos sus deseos, la nave de Arghord resultaba aún inalcanzable.

Almorzaron con buen apetito. Al terminar, Finney volvió a su puesto.

Una hora más tarde, lanzó una exclamación de alegría:

-¡Al fin!

Marcela descansaba en su camarote, pero oyó la voz del joven y se levantó rápidamente.

-¿Qué sucede, Brooke? -preguntó, al llegar a la cámara de mando.

Finney le señaló la pantalla.

-Tú no lo puedes ver, no sólo porque te faltan condiciones para ello, sino porque careces del aparato que tengo puesto. Pero, en resumen, he localizado la nave en que viajan Arghord y sus dos esbirros.

Marcela observó el extrañó casco que llevaba el joven, una gran semiesfera de casi medio metro de diámetro, que le tapaba la cabeza casi completamente, dejándole apenas visible la boca, y unida a la pantalla por dos gruesos cables que salían de ambos costados de! aparato e iban a parar a la pantalla. Antes de que pudiera formular alguna pregunta, Finney continuó:

-Es un psieodetector. Yo puedo saber aproximadamente dónde se encuentran Arghord y los suyos, pero la pantalla me indica su situación con absoluta exactitud.

-¿Están muy lejos de nosotros?

-Dos días luz.

-¿Cuánto representa eso. Brooke?

-Unos cincuenta y dos millones de kilómetros. Pero les vamos ganando terreno y, lo mejor de todo, estamos en el rumbo correcto. No olvides que esta nave está provista también de psicomotor.

Marcela, en pie, apoyó una mano en el hombro del joven.

-¿Cuáles son tus planes? -inquirió.

-No iremos directamente a Jukkowar, la capital del planeta, sino que aterrizaremos en las inmediaciones del Valle de la Paz, el lugar donde las Magas permanecen unos días concentrándose, antes de dirigirse al punto secreto donde efectúan su reencarnación. Creo, sinceramente, que desde allí me resultará mucho más fácil localizar a Kryna.

-Utilizando tu mente, claro.

-Amplificada por el psieodetector, como puedes imaginarte.

-Sí, desde luego. Brooke, ¿puedo hacerte una pregunta?

-Todas las que quieras, Marcela.

-Al proporcionarte ese entrenamiento especial, ¿te han convenido en un telépata? Quiero decir: ¿Adivinas el pensamiento de las gentes?

-No temas -contestó él-. Lo más que puedo hacer, y eso ayudado por instrumentos, es detectar el lugar donde se encuentra determinada persona. Pero me es imposible penetrar en su mente.

-Eso me tranquiliza, Brooke -respondió Marcela.

-A mí también.

La mano de la joven hizo una suave presión sobre el hombro de Finney.

-Continuaré descansando -dijo-. Avísame cuando tengamos la nave de Arghord a la vista. -Aún faltan dos días -sonrió Finney.

* * *

El contacto se efectuó justo cuando las dos naves surgieron al espacio normal, cuando ya podían divisar las estrellas de! firmamento y los astros que pululaban por aquel sector de la Galaxia. Finney efectuó una hábil maniobra que le llevó a situarse al costado de la nave ocupada por Arghord y sus esbirros.

La separación entre ambas naves no llegaba a la docena de metros, Marcela pudo ver claramente la cara de asombro que ponía Arghord, situado junto a una de las lucernas. Finney, a los mandos de su nave, le hizo un gesto amistoso con la mano.

Marcela vio que Arghord era un sujeto de rostro afilado y ojos penetrantes, en los que brillaba una chispa de furia. Pero, casi en el mismo momento, se dio cuenta de que alguien entregaba a Arghord un mensaje.

-¿Lo ves, Brooke? -preguntó.

-Sí -contestó el joven-. Es un mensaje...

-¿Puedes leerlo con los ojos de la mente?

-No. Lo siento. Y creo que es hora de que nos larguemos; aceleraré para adelantarme a Arghord, pero también necesitaremos dos días para realizar la maniobra de frenado y así poder tomar tierra sin inconvenientes.

-Muy bien, como gustes.

Finney puso una mano sobre la palanca de potencia. En el mismo instante, vio que Arghord le sacaba la lengua, a la vez que hacia un gesto burlón con la mano, apoyada por el pulgar en la punta de su nariz.

-Parece que se burla de nosotros -comentó la muchacha.

-Sí, pero ya no importa demasiado; cuando él quiera desembarcar en Jukko, nosotros estaremos lejos de su alcance.

La palanca se movió lentamente hacia adelante. La astronave incrementó su velocidad poco a poco; luego, de forma casi brusca, se lanzó a toda velocidad hacia el distante planeta en que tenían una

misión que cumplir.

* * *

Tres días más tarde, Finney anunció que iba a comenzar el período de deceleración.

-Volamos a doscientos ochenta y nueve mil kilómetros por segundo, esto es, un noventa y seis coma treinta y tres por ciento de la velocidad de la luz. La deceleración, sin embargo, no nos causará el menor perjuicio, debido al campo de protección que he conectado.

Marcela se sintió satisfecha de la explicación.

-Crees que debo prepararlo todo para el desembarco?

Finney se echó a reír.

-Disponemos de cuarenta y ocho horas -respondió-. Además, todo está listo ya en mi aeromóvil, que viaja en la bodega de carga. Cuando aterricemos, bastará subir al aparato para viajar adonde sea. Aunque, claro, antes procuraré localizar a la Maga.

-Entiendo. Voy a preparar un poco de café.

-Buena idea.

Marcela se dirigió a la cocina y llenó un recipiente con agua caliente que puso sobre un hornillo eléctrico. De repente, sintió una ligera trepidación.

El casco vibró tenuemente, como si una gran campaña sonase a la distancia suficiente para comunicarle sus vibraciones. Ella se alarmó y llamó a! joven a través de un interfono.

-Brooke, ¿lo has notado? -preguntó.

-Sí, pero no te preocupes. Fue sólo un meteorito de poca entidad. Aunque pudo atravesar la barrera deflectora, ésta, sin embargo, le quitó la mayor parte del impulso.

-Pero ha chocado contra el casco.

-En efecto. Los instrumentos, sin embargo, no señalan ía menor pérdida de presión o de energía. Todo está en orden, Marcela..

-Ahora me siento mejor -sonrió ella-. El café estará antes de cinco minutos.

-Estupendo, guapa.

Marcela preparó el servicio en una bandeja. Momentos después, se dispuso a llevar el café a la cámara de mando. Abrió la puerta de la cocina, sosteniendo la bandeja con una sola mano y entonces se encontró frente al ser más horrible que había visto en los días de su vida.

CAPITULO V

Era enorme, alto, voluminoso, con pelos rojizos, muy espesos que, en algunos casos, medían más de medio metro. Su voluminosa cabezota, en la que brillaban horrendamente dos pares de ojos, uno debajo del otro, rozaba el techo del corredor.

Marcela, en la fracción de segundo que duró la espantosa visión, calculó que el monstruo no medía menos de tres metros. Hubiera podido parecer un gorila gigante terrestre, a no ser por algunas peculiaridades que le diferenciaban notablemente.

La boca era enorme, armada con unos colmillos de diez centímetros y parecía capaz de arrancarle la cabeza de un solo mordisco. El tórax, colosal, no medía menos de dos metros y medio de perímetro. Pero lo más horrible de todo eran las extremidades superiores.

Llegaban casi hasta el suelo y los brazos parecían nudosos troncos de olivo centenario. Lo más fantástico de todo era que cada brazo se dividía en dos, a partir del codo, situado a una distancia normal respecto del hombro. Los antebrazos medían así unos noventa centímetros y cada uno estaba rematado en una mano gigantesca de siete dedos, provistos de unas espantosas garras amarillentas. La lengua era roja y de la boca colgaba un repugnante hilo de baba verdosa. El monstruo vio a Marcela y emitió un sordo gruñido.

La primera reacción de Marcela fue la autodefensa y como no tenía armas a mano, le arrojó la bandeja con todo su contenido. El colosal

antropoide levantó los dos antebrazos izquierdos instintivamente, lo que aprovechó la joven para dar un salto hacia atrás y cerrar la puerta de la cocina.

Inmediatamente, corrió hacia el interfono.

-¡Brooke! ¡Brooke! -gritó, al borde de la histeria-. Hay un monstruo en la nave... No sé de dónde ha salido, pero quiso atacarme...

En la puerta de la cocina sonaron de repente unos fuertes golpes.

-Ahora quiere entrar -chilló Marcela-. Brooke, por el amor de Dios, ayúdame...

-Voy en seguida -contestó el joven-. Escucha, tienes un extintor manual. Lánzale el gas a la cara, así lo cegarás y podrás eludir su ataque hasta que llegue yo.

Marcela se volvió. El extintor, pintado en rojo brillante, estaba situado en uno de los mamparos. Corrió hacia el aparato, lo sacó de su emplazamiento y aflojó la válvula. Los golpes del monstruo seguían sonando estruendosamente. Marcela supo que la bestia no poseía la suficiente inteligencia para accionar el picaporte y, por tanto, quería abrirse paso a viva fuerza. Conteniendo a duras penas su pánico, avanzó un par de pasos y se situó frente a la puerta. Resonó un golpe más fuerte que los demás. La cerradura saltó atronadoramente y la puerta giró con violencia a un lado. El monstruo vio que aquel hueco era demasiado pequeño para él y se agachó, a fin de pasar al otro lado. Un chorro de líquido espumoso le dio de lleno en sus dos pares de ojos. El monstruo emitió un alarido aterrador y retrocedió presurosamente, alejándose de allí a la carrera. Marcela respiró aliviada. Pero sabía muy bien que se trataba de una pausa sólo momentánea. El líquido extintor no era demasiado dañino. La fiera se recobraría y... Corrió al interfono. -¡Brooke! -llamó.

Pero el joven no contestó. Dentro de la nave sólo había silencio.

Marcela se sintió terriblemente aprensiva. ¿Y si el monstruo había destrozado a Finney?

Con gran precaución, se asomó a la puerta y miró hacia el pasillo. Estaba desierta. De Finney no había el menor rastro. ¿No le había dicho que iba en su ayuda?

La puerta, de hierro, tenía enormes abolladuras y, además, su cerradura era ya inútil. Marcela pensó en refugiarse en su camarote.

Pero, ¿cuánto tardaría el monstruo en localizarla?

Repentinamente, oyó la señal de llamada a sus espaldas. Giró en redondo y corrió hacia el interfono.

-¡Brooke! -llamó ansiosamente.

-Escúchame -dijo el joven-. Ve a la bodega de pertrechos. En el estante señalado con la indicación K-2 encontrarás una pistola de láser. Debes conseguir llegar hasta el arma y tenerla a punto en todo momento.

-Sí, Brooke...

-Por desgracia, mi mente no tiene potencia para alterar ciertos hechos, ¿comprendes?

-Te entiendo perfectamente. ¿Tienes tú también una pistola de láser?

-Sí, no te preocupes por mí.

-De acuerdo.

Marcela se volvió. Al fondo había una puerta que comunicaba con la bodega mencionada. Corrió hacia allí, abrió y paseó la vista por los estantes, repletos de distintos artículos y alimentos que no precisaban refrigerador para su conservación.

Vio la pistola y se apoderó de ella. El indicador de carga señalaba al máximo.

La voz de Finney sonó de repente a través del sistema general de altavoces.

-¡Marcela, si ves al monstruo, dispárale a la cabeza! Es el punto más vulnerable.

-De acuerdo.

Marcela inspiró profundamente. No sabía cómo había llegado a la nave aquel fantástico ser, pero estaba plenamente convencida de que su destrucción era la única forma que tenían de salvar la vida.

Resuelta a acabar con la bestia, abandonó la bodega

* * *

Reinaba un silencio absoluto en la astronave. Marcela asomó la cabeza y vio el amplio corredor absolutamente desierto. Dio un paso fuera y, repentinamente, se notó acometida por una extraña sensación.

La sangre se le heló en las venas. El monstruo estaba tras ella.

En cualquier momento, dos de sus cuatro manos se cerrarían sobre su esbelto cuello, mientras las otras dos la sujetaban por la cintura...

Saltó hacia adelante, giró todavía en el aire y levantó la pistola. Al poner los pies en el suelo, asombrada, vio que no había nadie.

Suspiró. Todo había sido una ilusión de sus sentidos. Pero, ¿dónde estaba Finney?

Ansiaba la compañía del joven. Juntos, los dos, tenían mayores probabilidades de salvación. Si se quedaba sola, si el monstruo mataba a Finney...

Cerró los ojos, porque no quería imaginarse siquiera aquella situación. Ella no sabía manejar una astronave, sólo aeromóviles, y la nave en que viajaban, sin piloto que la gobernase, se estrellaría contra la superficie de Jukko.

Bruscamente, oyó un atroz rugido.

El monstruo se acercaba. Giró una vez más y entonces lo vio al extremo del corredor, horrendo, amenazador, espantosamente terrorífico.

Su mano vaciló un instante, pero recobró la firmeza en el acto. Se trataba de su propia vida.

Alzó la pistola, apuntó cuidadosamente a la cabeza y presionó el disparador. Una deslumbrante línea roja apareció en el espacio durante una fracción de segundo, trazada desde la boca del arma a la cabeza de la bestia.

El monstruo estuvo en pie durante un interminable segundo. Luego, de repente, se derrumbó al suelo.

Y, en el mismo instante, Marcela oyó un seco chasquido por encima de su cabeza y detrás de ella.

-¡Le he dado! -gritó Finney jubilosamente-. ¡Marcela, sal; ya no hay peligro alguno!

Entonces, estupefacta, Marcela vio a Finney delante de ella, todavía con una pistola en la mano.

-¿Dónde está el monstruo? -preguntó.

Del animal, al que había abatido segundos antes, no quedaba el menor rastro.

* * *

Finney no se sentía menos asombrado.

Repitió la pregunta de Marcela:

-¿Dónde está el monstruo? Le he visto caer, fulminado por mi disparo. Estaba donde tú. estás ahora...

-No. Estaba donde tú estás, Brooke -aseguró Marcela.

Finney tendió el brazo izquierdo.

-Tendría que estar ahí -señaló a la muchacha.

Marcela se volvió. Detrás de ella no había el menqr rastro de un ser horripilante que había estado a punto de destrozarla.

-Brooke, aquí sucede algo raro -dijo-. Tú has visto al, monstruo, lo mismo que yo.

-Sí, es cierto.

-Y dices que lo has matado tú, y yo digo que lo he matado yo.

-Así es.

-Brooke, ¿no hemos sido victimas de una alucinación simultánea y absolutamente idéntica?

Finney se quedó parado.

-¿Una alucinación? Y, ¿qué podría haberla producido?

-No lo sé, pero, al menos en tu caso, los poderes de tu mente no son tan fuertes como aseguran los que te entrenaron.

-Es posible, aunque eso, de momento, no tiene importancia. Si el monstruo no existe, si fue una alucinación, ¿qué la produjo?

-Tú lo has visto tan bien como yo, ¿verdad?

-Sí, claro.

-¿Tenía dos pares de ojos y otros dos de brazos?

-Sí.

-Medía más de tres metros y debía de pesar algo así como media tonelada, ¿no es cierto?

-Desde luego.

-Era terriblemente velludo, con pelos de más de medio metro en algunas partes de su cuerpo.

-Sí, en efecto.

Marcela suspiró.

-Ya no cabe duda; hemos visto al mismo ser. Tu mente es mucho más fuerte que la mía y, sin embargo, algo te produjo esa alucinación. ¿Cómo pudo suceder tan repentinamente? ¿Cómo pudimos creer que un monstruo semejante se había introducido en la nave, sin saber de dónde venía?

Finney meditó unos instantes. De súbito, chasqueó los dedos.

-Creo que lo sé -exclamó.

-¿De veras?

-El meteorito. No era tal, sino un proyectil disparado y que perforó el casco, introduciendo en la nave un gas narcótico, que nos hizo ver lo que alguien quería que viésemos.

-¿Gas narcótico?

-No hay otra explicación posible. El gas debilitó nuestras defensas mentales y alguien proyectó sobre nosotros las imágenes de un monstruo inexistente.

-Pero, ¿por qué? ¿Cuál es el objeto de ese engaño?

Finney contempló la pistola de láser que aún tenía en la mano.

-Creo que ya lo sé -dijo.

Marcela aguardó en silencio. Finney asintió varias veces.

-Sí. Produjeron las alucinaciones, sabiendo perfectamente que yo no podría luchar contra el monstruo sólo con mi mente. Tendría que utilizar algún arma de efectos mortiferamente seguros: un láser, por ejemplo. Pero entonces, yo vería que tú eras el monstruo y tú verías que el monstruo era yo. ¿Lo comprendes ahora?

-Sí -contestó Marcela-. Eso significa que hemos disparado el uno contra el otro. Pero, ¿por qué no nos hemos matado?

-Te lo diré en seguida. El que envió el gas y luego nos hizo ver al monstruo, no calculó bien mi capacidad de razonamiento en un caso semejante. Un gorila semejante, y aunque fuese sólo un terrestre, no muere en el acto, incluso si le quemase el corazón con una descarga láser. Su vitalidad es muy grande y podría haber sobrevivido lo suficiente para estrangularme, suponiendo que hubiese sido un ser real. Yo sabía que tenía que defenderme de él, lo mismo que tú, y por eso pensé que debíamos dispararle a la cabeza, donde está el cerebro centro nervioso del organismo. Paralizado el cerebro, su muerte sería instantánea.

-De modo que tú pensaste eso.

-Sí. Por dicha razón, tanto tú como yo, disparamos alto, a más de metro por encima de nuestras cabezas y apuntando a la del monstruo que, según nuestra mente, murió en el acto. ¡Mira, todavía se ve en el techo la huella de mi disparo! -señaló Finney.

Marcela se volvió. Sí, la pintura aparecía quemada allí donde el techo había sido alcanzado por la descarga de láser.

Sonrió.

-En medio de todo, fue una suerte que no influenciaran tu mente de un modo absoluto. Así pudiste razonar con cierta libertad todavía... y evitar de esta manera que nos matásemos recíprocamente, que era lo que pretendía... ¿quién, Brooke?

-Arghord. O quizá Rahah-Hin, su jefe. ¿Qué importa eso ahora? Lo

que es más importante de todo es que estamos vivos, ¿no crees?

-Desde luego. -Marcela se esforzó por sonreír-. Había hecho café cuando vi al monstruo, pero le tiré la bandeja a la cara... ¿Qué te parece si vuelvo a hacer café?

-Añádele un chorrito de coñac -rió él, a la vez que se apoderaba del brazo de la muchacha.

Caminaron unos cuantos pasos, satisfechos de saber que todo había sido una alucinación. De repente, los dos al mismo tiempo, se detuvieron en seco, convertidos en sendas estatuas.

La puerta de la cocina tenía un par de enormes abolladuras y su cerradura había sido destrozada. Y ambos comprendieron que aquellos desperfectos que estaban contemplando no eran una ilusión de sus sentidos.

CAPITULO VI

La nave tomó tierra en un paraje idílico: árboles frondosos, hierba abundante, esmaltada de florecillas de vivos colores, y un caudaloso arroyo, que corría no lejos del lugar donde se había producido la llegada. Un poco más arriba, una espumeante cascada añadía una nota de color al panorama.

Finney saltó al suelo y aspiró el aire, perfumado y limpio. Marcela se situó a su lado.

-No cabe duda -dijo-. El valle de la Paz es un nombre enteramente adecuado.

-¿Sabes?, si no fuese porque tengo que volver a la Tierra, me quedaría a vivir aquí.

-¿Qué te lo impide? No tienes familia, creo...

-Me encomendaron una misión, recuérdalo. Debo volver para informar de su resultado.

-Si rescatas a la Maga, ¿no habrás cumplido tu misión?

-De todos modos, éste no es mi planeta.

Marcela comprendió las razones que le asistían al joven.

-Generalmente, solemos desear vivir una vida en un paraje idílico, lejos de las multitudes, en un ambiente agradable, donde no existe la ambición y el espíritu de lucha y de competencia ha desaparecido prácticamente por completo. Pero luego se impone la realidad y vemos que no es como queríamos que fuese, y nos llevamos una gran desilusión. Sería conveniente que evitásemos una situación semejante, Brooke.

-Estoy de acuerdo contigo y para conseguirlo, lo mejor es empezar a trabajar cuanto antes. ¿Quieres ayudarme?

-Desde luego.

Finney se volvió. De pronto, vio algo que le hizo dar un respingo.

-¡Marcela!

Ella siguió con la mirada la dirección que Finney le señalaba con el brazo extendido. Entonces lanzó una exclamación de asombro.

-¿Qué es eso? -preguntó.

En el vientre de la nave, hacia proa, se divisaba un largo cilindro, de unos dos metros y medio de longitud por treinta centímetros de diámetro, que parecía profundamente hincado en el casco. Finney se acercó unos instantes y lo examinó con gran atención.

Luego se volvió hacia la muchacha.

-Creo que ya sé lo que es -dijo-. Un meteorito no lleva mecanismos andadores del deflector de la nave, pero un torpedo sí puede llevarlo. Y, una de dos: o lleva una carga explosiva o destruye la nave, o transporta cierta cantidad de gas narcótico, que puede causar alucinaciones entre la tripulación.

-Entiendo -dijo ella-. El torpedo perforó el casco y su gas inundó la nave.

-Así sucedió, aunque, por fortuna, la visión del monstruo caído a nuestros pies nos volvió a la realidad. Pero, en fin, como dijo aquél, es agua pasada. ¿Vamos?

Minutos más tarde, empezaban a sacar fuera de la nave un conjunto de cajas, que contenían diversos aparatos, de cuyo montaje

se encargó Finney. Marcela le pidió permiso para bañarse en el arroyo, a lo que él accedió el acto.

El montaje del aparato le llevó casi una hora. Marcela regresó, frotándose el pelo con una toalla, cuando él ya había terminado su tarea.

-¿Qué es eso? -preguntó.

Finney sonrió. Había montado una torre metálica, de unos diez metros de altura, por partes fáciles de ensamblar, y cuyas cuatro patas estaban profundamente hundidas en el suelo, a fin de conseguir una total estabilidad. En la cúspide, Marcela divisó una esfera que parecía de vidrio y hecha de numerosas facetas de contornos hexagonales.

Un grueso cable descendía de la esfera, hasta una consola de control, instalada al pie de la torre. El cable se dividía luego en dos, uno de los cuales desaparecía en el interior de la astronave.

-Verás, te lo voy a explicar -dijo él-. Es un detector de ondas cerebrales, que debe ser instalado al aire libre, donde la recepción apenas si tiene obstáculos. En la consola de control verás la pantalla del electroencefalógrafo, junto con otras esferas indicadoras. Toda persona tiene su propia fórmula E.E.G., es decir, su electroencefalograma que no puede ser confundido en absoluto con el de una persona distinta. ¿Vas comprendiendo?

-Sí, perfectamente. Continúa, Brooke.

-Bien, los que me «contrataron», valga la palabra -dijo Finney con una punta de sarcasmo en la voz-, conocían la fórmula E.E.G. de Kryna. Me la facilitaron y, por medio de este detector, localizaré su cerebro. El cerebro es, como el corazón, un órgano que no descansa jamás; ni siquiera durante el sueño. Por tanto, una vez ponga el aparato en funcionamiento, alimentado por la corriente del generador auxiliar de la nave, empezaré a buscar y acabaré encontrando el punto exacto donde se encuentra Kryna, cosa que se reflejará en los otros instrumentos de control.

-Pero Kryna, quizá, se encuentra a miles de kilómetros de distancia.

-Es posible. El detector, sin embargo, es lo suficientemente sensible como para localizarla aunque se encuentre en las antípodas.

-Una objeción, Brooke -dijo ella-. Ese detector captará emisiones cerebrales de miles, por no decir millones de personas...

Finney sonrió.

-La máquina está dotada de un selector ultrasensible, que le hará desechar toda señal que no corresponda exactamente a la fórmula que voy a introducir en el ordenador analítico. Y, una vez ponga el aparato en marcha, éste funcionará automáticamente y sólo me avisará cuando haya localizado a la persona a quien estoy buscando, Kryna Sollp en este caso.

-No cabe duda -dijo ella, admirada-, te han provisto de todos los elementos para que puedas lograr cumplir tu misión. Pero, en tal caso, lo mismo podrían haber enviado a otro. Esto no parece demasiado difícil, y no lo digo con ánimo de ofenderte.

-Bueno, ellos dijeron que yo era el más indicado y tuve que aceptar, eso es todo.

Marcela asintió, un tanto preocupada, mientras Finney ponía en marcha el detector. Pasados unos minutos, se volvió hacia la joven:

-Ya está -dijo-. Ahora sólo falta aguardar la señal, que puede ser también sonora, por si nos hemos alejado algo del detector. ¿Qué te parece, Marcela?

Pero ella no le contestó. Tenía la vista fija en la pareja, hombre y mujer, que avanzaban lentamente hacia aquel lugar.

Finney se extrañó del silencio de la muchacha y giró la cabeza. Ál ver a los desconocidos, se sobresaltó.

-Cuidado -avisó a media voz.

los desconocidos eran jóvenes, él terriblemente atractivo y ella sumamente hermosa. Ambos vestían de una forma muy parecida, unas ropas de tejido muy ligero y de suave colorido, calzándose con unas sencillas sandalias hechas de un material parecía cuero muy suave. La indumentaria consistía en unos pantalones cortos, ajustados a la cadera y, en el caso de la mujer, una banda de la misma tela, que ceñía sus pechos jóvenes y firmes.

El hombre levantó la mano derecha.

-Paz -dijo-. Soy Loaddo. Ella es Myrva, mi hermana.

Finney levantó también su mano.

-Paz -repitió-. Mi nombre es Brooke. -Decidió dar el apodo, a fin de evitar innecesarias complicaciones-. Ella se llama Marcela.

Loaddo inclinó la cabeza.

-Vimos aterrizar vuestra nave y decidimos acercarnos a ofreceros nuestra hospitalidad. Residimos en una granja situada a unos diez kilómetros de distancia y, si lo deseáis, podemos ofreceros comida y alojamiento.

-Desearíamos ser vuestros anfitriones -dijo Myrva con voz muy dulce-. En este valle, es costumbre ofrecer hospitalidad al viajero... y no son muchos los que pasan por aquí.

Finney sonrió. Myrva era guapísima, perfectamente formada, de pelo oscuro, largo hasta más abajo de la cintura y sonrisa llena de calor.

-Bien, a mí no me importaría.

Se volvió hacia Marcela.

-¿Qué opinas? -preguntó.

La muchacha sonrió.

-Creo que no podremos negarnos al ofrecimiento tan amable que acaban de hacernos -respondió.

Loaddo extendió una mano.

-Si gustáis acompañarnos, tenernos un automóvil al lado del arroyo -manifestó.

-Está bien, vamos, Marcela.

Finney echo a andar. De repente, cuando había dado cuantos pasos, oyó a sus espaldas una serie de campanillazos.

Entonces recordó lo que estaba haciendo en aquellos parajes.

-Oh, perdonad un momento -Giró en redondo y echó a correr hacia el detector. Al llegar a la consola, lanzó una mirada a los distintos instrumentos de registro.

Sonrió satisfecho.

¡Había localizado a Kryna!

Conocía exactamente la distancia y la dirección a que se encontraba la Maga. Bucearía en su memoria, para recordar los conocimientos que le habían sido impartidos sobre geografía jukkonita y emprendería el viaje para conseguir el rescate.

Además, la consola le facilitó otro dato que juzgó de gran interés.

A Kryna le quedaban poco más de quince días para que se efectuase la reencarnación en su sucesora.

Y puesto que el lugar en que se encontraba no estaba a demasiada distancia, cosa de un par de miles de kilómetros, que su aeromóvil podía recorrer en un par de horas, decidió aplazar él viaje, para disfrutar con Marcela de la hospitalidad que tan generosamente les brindaban Myrva y su hermano.

* * *

Parecía un paisaje de cuento de hadas. La casa principal, blanca, resplandeciente, de un estilo singularmente atractivo, en nada parecido a similares construcciones terrestres; Los edificios auxiliares, las vallas, los enormes árboles que proporcionaban sombra y frescura al conjunto, el arroyo, con el colosal remanso, adecuadamente enmarcado por un cinturón artificial de rocas que servía de represa y que no desentonaba en absoluto del conjunto; los animales que se movían en sus corrales... todo resultaba tremendamente atractivo y agradablemente vistoso.

-Tienen ustedes una granja espléndida -elogió Finney, después de apearse del coche en que habían viajado hasta allí y qué era poco más que una plataforma con ruedas y dos bancos transversales como asientos.

-No podemos quejarnos, aunque trabajamos mucho -contestó Loaddo. Levantó la vista-. Creo que lloverá -agregó.

-Entremos -propuso Myrva.

El interior no desmerecía en absoluto del exterior. Los muebles eran sencillos, funcionales, adornados con tapicerías de exquisito

gusto. Incluso en el gran salón, había una chimenea central, con campana de hierro, y sillones y divanes a su alrededor.

-Veo que tienen de todo, menos una cosa, aunque les alabo por carecer de ella -dijo Finney-. Me refiero a la televisión, naturalmente.

-No la hemos querido instalar -respondió Loaddo.

Myrva se disculpó, alegando que iba a la cocina. A poco, el cielo se oscureció y brillaron los primeros relámpagos. Empezó a llover.

-Mal asunto -dijo Loaddo-. Creo que vamos a tener temporal.

-Estamos en la época de las tormentas -sonrió Finney-. Pronto aclarará.

Pero aún seguía lloviendo a mares, cuando Myrva empezó a servir la cena, una hora más tarde. Fue una velada sumamente agradable, aunque en parte turbada por los truenos y relámpagos que se producían con gran frecuencia.

Loaddo se levantó al terminar y se acercó a una de las ventanas.

-Presiento que seguirá lloviendo toda la noche -dijo-. Hermana, podríamos ofrecer alojamiento a nuestros invitados, hasta que venga el nuevo día.

-Es una excelente idea -contestó Myrva.

-Oh, no querríamos molestar -exclamó Finney-. Han sido muy amables y...

-No es molestia, sino placer -sonrió la hermosa nativa.

-Nuestra nave no está tan lejos -alegó Marcela.

-Les recomiendo no intenten el regreso -dijo Loaddo-. Ni yo mismo, que conozco bien el terreno, me atrevería a viajar hasta allí, con una noche tan mala. Hay otros arroyos que se desbordarán y podrían encontrarse en un serio compromiso. Su nave no corre ningún riesgo, ni siquiera el de ser arrastrada por una súbita inundación. Por tanto, deben quedarse aquí a pasar la noche.

Finney consultó con la mirada a Marcela. Ella hizo un leve gesto de aquiescencia.

-Está bien, nos quedamos -sonrió Finney.

Una hora más tarde, se retiraron todos a descansar. Finney ocupó un dormitorio agradablemente decorado. La cama era sencilla, no demasiado blanda, pero ofrecía todas las garantías para un sueño reparador.

El ruido de la lluvia, que seguía cayendo, le ayudaría a dormirse, pensó, mientras empezaba a desnudarse. Una vez en la cama, estiró los brazos y bostezó voluptuosamente.

Pensó en Kryna. Al día siguiente, podrían encontrarla. Seguramente, tendrían que luchar con sus secuestradores... pero la lucha y el combate eran algo que aún tenía que suceder.

Afrontaría los hechos en el momento en que se produjesen. Mientras tanto, lo mejor era descansar...

Alargó la mano hacia la luz que había en la cabecera. De pronto, vio que se abría la puerta.

Myrva entró, cerró y dio unos pasos en el interior. Finney se incorporó sobre un codo y la miró con curiosidad.

Ella llevó sus manos a la espalda y la banda de tela que cubría sus senos cayó al suelo. Luego tocó dos presillas en sus costados. Los pantalones cayeron también.

Completamente desnuda, deslumbrante de belleza, avanzó despacio hacia el lecho.

-La hospitalidad debe manifestarse en todos los aspectos -dijo suavemente.

CAPITULO VII

Lanzando una alegre carcajada, Myrva, sin el menor velo que cubriese su hermoso cuerpo, corrió a través del césped hacia el remanso. Al llegar al borde, tendió los brazos y se lanzó de cabeza al agua.

Finney la siguió instantes después. El remanso era bastante profundo nadó bajo el agua, persiguiendo aquella blanca silueta que se movía con la facilidad y la destreza de un pez. Después de

sumergirse casi hasta el fondo, Myrva nadó en busca de la superficie. Finney la alcanzó cuando ya llegaban al borde opuesto, junto a las rocas de contención, en una de las cuales se apoyó la joven con una mano.

Finney rodee» su esbelta cintura con ambos brazos y la besó cálidamente. Myrva le dirigió una intensa mirada.

-¿Eres feliz, Brooke? -preguntó.

-Infinitamente feliz -contestó él.

-Porque me amas.

-¿Lo dudas?

Myrva pasó el brazo libre por encima de su cuello.

-Yo estoy locamente enamorada de ti -contestó.

-Lo sé -dijo él.

-Pero, a pesar de todo, temo algo.

-Dime. Si puedo ayudarte...

-Te temo a ti, Brooke.

Finney alzó las cejas.

-No entiendo -manifestó.

-No eres de este planeta. Un día volverás al tuyo...

Finney la abrazó apasionadamente.

-¡Jamás! -respondió-. ¿Me oyes bien? Jamás volveré a la Tierra. Me quedaré aquí, a tu lado... aunque también yo temo algo.

-¿Qué, Brooke?

-Tu hermano. Es el jefe de la familia. ¿Consentirá en nuestra unión definitiva?

Myrva sonrió de un modo singular. Todavía sujeta al cuello del joven por su brazo izquierdo, tendió el derecho hacia la explanada cubierta de verde hierba.

-Míralo -dijo-. El también es feliz.

Sonó una alegre risa femenina. Finney volvió la cabeza. Marcela, desnuda, corría a través del prado, perseguida por Loaddo. Al llegar al remanso, los dos saltaron sucesivamente al agua, emergiendo a poca distancia de la otra pareja. Marcela nadó un poco más y se agarró a una roca, posando los pies en otra sumergida, de tal modo que el agua le quedaba a la cintura. Loaddo llegó y se situó a su lado, pasando el brazo por el talle con gesto claramente posesivo.

-Hola -dijo Marcela alegremente-. Veo que también estáis disfrutando de la vida.

-No podemos quejarnos -respondió el joven con la sonrisa en los labios.

-Loaddo -exclamó Myrva-, Brooke tiene que decirte algo.

Loaddo volvió los ojos hacia Finney. -Habla, amigo -pidió.

-Quiero tu permiso para unirme definitivamente a tu hermana -dijo el terrestre.

-No era necesario que me pidieras algo que concedo con mucho gusto -declaró el jukkonita-. Al mismo tiempo, debéis saber que Marcela y yo somos uno a partir de este momento.

-¡Felicidades! -gritaron cuatro bocas al mismo tiempo.

-Ya no volveréis a vuestro planeta -dijo Loaddo a continuación.

-Nos quedaremos aquí para siempre, ¿verdad, Brooke? -sonrió Marcela.

Finney volvió los ojos hacia el hermoso rostro de Myrva.

-Para siempre -confirmó.

-Muchachos -gritó Loaddo-, ¿qué os parece si esta noche hiciéramos una fiesta para celebrar el doble acontecimiento?

Las mujeres palmotearon de alegría. Finney dio su aprobación al proyecto.

-Haremos que sea uno de los mejores momentos de nuestra existencia -dijo.

* * *

Hicieron asado al aire libre y comieron también frutas y dulces, todo regado con un excelente vino, producido por los dos hermanos. A Finney se le fue la mano un poco y se achispó ligeramente. Pero el vino le hacía sentirse tremendamente eufórico, lleno de un optimismo y un humor que casi resultaban nuevos para él. Hubo risas alegres y mutuos parabienes, con algunas bromas picantes, aunque sin llegar ni de lejos a los limites de la grosería. Al final, ya de noche, en aquella explanada iluminada por varias lámparas, Finney levantó su vaso lleno de vino.

-Voy a brindar... -sonrió.

Tenía los ojos fijos en Myrva. La joven le miraba a su vez con expresión de intensa dulzura, la mirada rebosante de amor hacia él.

De pronto, ocurrió algo. Finney pensó que había sido una alucinación. Duró una fracción infinitesimal de segundo, pe ro el bellísimo rostro de Myrva sufrió una horrible transformación, convirtiéndose en una especie de calavera espinosa, una cara espantosa, con la piel de color verdoso y llena de salientes semejantes a espinas cortas y romas.

Los ojos eran redondos, como de reptil, fríos, sin expresión alguna. No había nariz, ni tampoco orejas; sólo los orificios correspondientes, apenas visibles debido a los repliegues de la piel que los cubrían casi por completo. En lugar de aquella boca que tanta pasión ponía en sus besos, vio -o creyó ver-, una larga hendidura, a través de la cual se divisaba una doble hilera de dientes puntiagudos, una doble sierra que parecía capaz de morder el hierro.

Sacudió la cabeza. No, Myrva no era así. Se trataba de una alucinación. Tal vez alguna especie de la cena o quizá el vino... Myrva recobró de nuevo su aspecto -si es que lo había perdido- y volvió a ser la joven rebosante de atractivos e inigualablemente encantadora en su inmensa hermosura.

-Voy a brindar por la felicidad de las dos parejas -exclamó.

Sonaron gritos y voces de placer. Finney bebió un poco y pasó el vaso a Myrva. Marcela hizo lo mismo con Loaddo.

Luego, Finney echó un vistazo al reloj de pulsera.

-Y ahora, cada pareja a su guarida -añadió jovialmente.

Fue hacia Myrva, la abrazó y besó cálidamente y después la alzó en sus brazos.

-Buenas noches, amigos -se despidió.

-Felices sueños -les desearon Loaddo y Marcela al mismo tiempo.

Finney echó a andar, con su preciosa carga en los brazos. Repentinamente, apenas había caminado media docena de pasos, se detuvo, quedándose completamente inmóvil, convertido en una estatua.

-¿Qué te sucede? -preguntó Myrva, intrigada por la actitud del joven.

Finney tenía el rostro contraído. Calló unos segundos y luego, bruscamente, depositó a la muchacha en el suelo.

-Aguarda un momento, por favor -rogó.

Volvió a mirar su reloj de pulsera. Lo había ajustado a las pocas horas de su llegada a Jukko, con el horario de este planeta, cuya duración era prácticamente la misma que el de la Tierra. El reloj tenía también calendario.

Cuando pensó en retirarse al dormitorio, miró la hora y, subconscientemente también, la fecha, según las cifras del calendario, llevaban ya doce días en la granja.

Repentinamente, y sin saber por qué, había recordado el objeto que les había llevado hasta Jukko. Le habían encomendado una misión y la había olvidado en brazos de Myrva, sumido en el fuego de aquella arrolladora pasión en la que ardía sin consumirse a todas horas.

-Por favor, Brooke -insistió ella-. Dime, ¿te ocurre algo?

Finney giró en redondo.

-Marcela, ¿sabes por qué estamos en Jukko? -inquirió.

La muchacha respingó. Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos.

-Sí, lo recuerdo, aunque lo había olvidado por completo...

-Tenemos que hacer lo que nos mandaron -dijo Finney-. Por lo menos, yo; tú, si lo deseas, puedes quedarte con Loaddo,

-Pero, ¿de qué estás hablando? -insistió Myrva-. ¿Por qué no me cuentas tus problemas, querido? Tal vez yo pueda ayudarte...

-No, no puedes hacer nada, gracias. Tengo que marcharme, pero no estaré ausente más de tres o cuatro días. Me dejas el coche, ¿verdad?

-Pues...

Finney besó a Myrva en una mejilla.

-Siento tener que dejarte sola, pero no será por muchos días -dijo.

El coche estaba a pocos pasos de distancia. Finney se separó de la joven y avanzó hacia el vehículo. Repentinamente, Myrva lanzó un grito agudo:

-¡Brooke, no! ¡No quiero que vayas!

Finney se volvió y sonrió.

-Lo siento, nena; tengo que hacerlo. Es algo inevitable aunque, como dije antes, volveré dentro de pocos días; antes de una semana, seguro, créeme.

-¡Te digo que no quiero que vayas! -chilló Myrva.

El joven frunció las cejas. La actitud de Myrva le resultaba incomprensible.

-Por favor, no me lo hagas más difícil -contestó-. ¿Crees que no soy yo el primero en lamentar separarme de ti? Te lo juro: si pudiese, me quedaría, pero, por desgraciadamente no me es posible. Ten paciencia, te lo suplico una vez más. -Brooke, tú no irás -dijo ella con acento de gran tensión.

-No te entiendo, cariño. Soy sincero, volveré...

-No irás. Y si insistes, te lo prohibiré.

Finney se picó.

-¿Ah, sí? ¿Cómo piensas prohibírmelo?

-¿Estás resuelto a marcharte? -preguntó Myrva.

-Lo he dicho desde el primer momento, querida.

-Entonces...

Bruscamente, Myrva se abalanzó sobre una bandeja, que contenía aún restos del asado que había constituido el plato fuerte de la cena. Había allí un gran cuchillo de trinchar y, abalanzándose sobre él, lo empuñó con mano crispada. Inmediatamente giró en redondo y corrió hacia el joven, con el cuchillo en alto y los ojos inflamados por una furia indescriptible.

-¡No irás, no irás...! -aulló la joven, con voz completamente descompuesta.

Marcela lanzó un chillido de terror. Finney procuró rehacerse de la sorpresa que le causaba la incomprensible actitud de Myrva. Pero el cuchillo caía ya sobre él y apenas si tuvo tiempo de parar el golpe, sujetando con su mano la muñeca de Myrva.

-¡Estás loca! -gritó-. ¡Repórtate, Myrva! Sin duda, has tomado una copa de más y te ha sentado mal. Te llevaré a la cama y aguardaré hasta que te hayas dormido, pero tengo que marcharme... ¡Loaddo! ¡Por todos los diablos! -añadió, exasperado, al ver que el hermano de la joven permanecía inmóvil, sin hacer el menor gesto por intervenir-. ¡Ayúdame, rayos! ¿Qué infiernos haces ahí parado?

Pero los apostrofes de Finney no lograron conmover a Loaddo, quien continuó en la misma postura, junto a Marcela, contemplando la escena con lo que parecía cierta indiferencia por lo que pudiera ocurrir.

Myrva arreció en sus esfuerzos por clavarle el cuchillo. Durante unos instantes, Finney, sorprendido, cedió, y la punta afilada del trinchante rozó su pecho. Pero reaccionó y, bruscamente, ejecutó un movimiento de torsión de la muñeca de Myrva, a fin de causarle el suficiente dolor que le hiciera aflojar sus dedos.

Ella empujaba de nuevo en aquel instante, adelantando el torso al mismo tiempo. El resultado fue que el cuchillo se hundió profundamente en su pecho, justo entre los senos.

Un horrible grito brotó de sus labios. Con el rostro deformado por el dolor, retrocedió unos pasos, tambaleándose espantosamente. Finney, a su vez, tenía la boca abierta y miraba a la joven, sin creer en

lo que acababa de suceder.

No, era un sueño, una pesadilla... él no podía haber herido a la mujer amada...

Con gesto espasmódico, Myrva empuñó el cuchillo y se lo arrancó de un tirón. La sangre brotó a raudales de la enorme herida abierta en el centro de su pecho. Levantó la mano una ve más, pero, de pronto, le fallaron las fuerzas y cayó de bruces al suelo.

CAPÍTULO VIII

Finney estaba anonadado. No, no podía ser; Myrva estaba sólo desmayada... Pero el cuchillo ensangrentado que yacía sobre la hierba y la figura totalmente inmóvil que yacía a sus pies, le convencieron de que todo era absolutamente cierto y que no vivía un sueño. Era, sí, una amarga realidad, de la cual, pensó un instante, no podría evadirse durante el resto de su existencia.

Se preguntó por qué no había cedido, por qué no se había comportado con mayor flexibilidad. Debería haber pasado la noche con Myrva; al amanecer, ella dormida, podría haber abandonado la casa y emprendido el viaje hacia donde estaba Kryna. Pero no había cedido y ahora Myrva yacía inmóvil, dormida para siempre, sumida en el sueño de! que no despertaría jamás.

Repentinamente, un ronco grito le arrancó a sus acerbas meditaciones.

-¡Miserable! ¡Has matado a mi hermana! -aulló Loaddo.

-Brooke, ¿qué has hecho? -dijo Marcela, con acento lleno de reproches.

Finney extendió las manos.

-Yo no quería... Fue un accidente, lo juro. Sólo deseaba quitarle el cuchillo, pero su mano se torció y se le clavó...

Rugiendo como una fiera en el paroxismo de su ira, Loaddo se abalanzó hacia el joven. Finney apenas si tuvo tiempo de esquivar aquella furiosa acometida, agachándose en el momento en que Loaddo

caía sobre él.

Loaddo volteó por los aires y rodó sobre la hierba varias veces. Finney perdió el equilibrio en parte y quedó arrodillado, vuelto frente a su nuevo e inesperado adversario.

El nativo se irguió y forcejeó para sacar algo de la blusa que se había puesto para la ocasión. Finney vio asomar la culata de una pistola de láser.

El arma se enredó un poco entre los ropajes. Loaddo forcejeó, lanzando horribles imprecaciones de odio. Finney se dio cuenta de que ningún argumento conseguiría detener la ira del joven.

El cuchillo yacía a su lado, en la hierba. Finney lo agarró con mano convulsa. Vio que Loaddo sacaba ya la pistola y echó el brazo hacia atrás y arriba. El cuchillo partió como un relámpago de plata, enrojecida por la sangre de la muerte, y se enterró por segunda vez en un pecho humano.

Loaddo tosió espasmódicamente. Sus dedos se aflojaron y la pistola cayó blandamente sobre la hierba. También estaba arrodillado, pero era evidente que ya no iba a levantarse. Con gran lentitud, se inclinó hacia adelante, tendiéndose cuan largo era, hundió el rostro en el pasto verde y jugoso, pataleó unas cuantas veces y, al fin, se quedó siniestramente quieto.

* * *

Finney se puso en pie y ocultó su rostro con las manos.

-¡Dios! ¿Qué he hecho? -gimió.

Reinaba un silencio absoluto. Solamente se percibía el distante rumor del arroyo, al rebalsar por el desagüe del estanque. A pocos pasos de distancia, Marcela permanecía como alelada, incapaz de reaccionar, absolutamente incrédula ante la vista de los dos cuerpos inmóviles.

Finney estuvo así unos momentos. Luego recordó a Marcela y, quitándose las manos de los ojos, se volvió hacia ella. -Marcela... -dijo con voz suplicante.

Ella no contestó. Parecía haber perdido la voz. Su rostro era una mancha blanquecina contra el fondo oscuro del paisaje no iluminado por las lámparas de la explanada.

-No sé qué decirte... -gimió Finney-. Ha ocurrido todo de forma tan imprevista... Yo no quería... Te lo juro; sólo traté de evitar que Myrva me hiciese daño o se lo hiciera a sí misma... Y luego, su hermano... Tú lo viste, sacó una pistola láser... La tenía escondida en la camisa... Una vez dijeron los dos que no tenían armas...

Finney se asombró. Marcela no contestaba. Los ojos de la joven estaban fijos en un punto situado a sus espaldas.

Avanzó hacia ella, la cogió por los hombros y la sacudió varias veces.

-¡Por el amor de Dios! -gritó-. Contesta, dime algo, aunque sean insultos... Llámame asesino, si eso te va a desahogar, pero no estés callada... ¡Habla, habla!

Ella seguía callada. Finney observó que sus facciones aparecían desencajadas. La vista estaba hipnóticamente fija en un punto situado a sus espaldas.

¿Sucedía algo?, se preguntó.

Un terrible presentimiento asaltó su espíritu. Estuvo quieto un instante y luego, bruscamente, giró en redondo.

Inmediatamente, horrorizado, lleno de espanto, retrocedió con gran violencia. Chocó contra la mesa y la derribó con gran estrépito, esparciendo todos los cacharros por el suelo. Un poco a su derecha, Marcela, inesperadamente, lanzó un hondo suspiro, dobló las rodillas y cerrando los ojos, se vino al suelo sin conocimiento.

Finney comprendió el desmayo de la muchacha. Sí, aquellas horribles cosas que yacían en el suelo, ofrecían una apariencia demasiado espantosa para que su sola visión pudiera ser soportada sin daño por la mente de una persona...

Pero él había visto ya una de aquellas figuras poco rato antes, cuando se disponía a brindar por la felicidad de las dos parejas. Entonces, había creído se trataba de una alucinación, de brevísima duración, menos de una décima de segundo. Ahora, sin embargo, podía darse cuenta de que la visión había sido algo real.

Myrva y su hermano, muertos, se habían transformado en aquellos horripilantes seres, de apariencia vagamente humana en los contornos de su cuerpo, pero de origen indudablemente reptil. Tenían membranas interdigitales, mucho más acusadas en los pies, éstos largos y palmeados, sin duda para conseguir velocidad en la natación..

Loaddo tenía aún clavado el cuchillo en el pecho. Era indudable que su piel espinosa no poseía la consistencia suficiente para resistir el impacto de un objeto puntiagudo. La sangre que él había visto roja, era ahora verdosa, de un color verdaderamente repugnante.

Pero debía reaccionar. Lo que estaba hecho, no se podía rectificar. Aún no podía comprender cómo, durante doce largos días, habían estado viviendo junto a aquellos horribles seres, a quienes habían visto bajo una apariencia radicalmente distinta. El pensamiento de que había estado besando aquella horrible boca de dientes aserrados, le hizo sentir náuseas.

Marcela se agitó débilmente. Finney buscó agua y mojó sus sienes. Ella abrió los ojos.

-Brooke...

-Creo que te has desmayado -dijo él-. Marcela, no sé qué ha sucedido; no estoy del todo seguro, pero sí sé una cosa: debemos marcharnos inmediatamente.

-Sí, Brooke.

-En circunstancias normales, te habría dejado aquí que aguardases mi vuelta. En realidad, ésas eran mis intenciones, pero ahora todo ha cambiado.

-No, no me dejes sola -pidió ella con gran vehemencia.

-Está bien. Tenemos algo de equipaje en la casa. Lo cogeremos y nos marcharemos inmediatamente. Podemos usar el coche, ¿comprendes?

-Sí, desde luego.

Finney la hizo ponerse en pie, sosteniéndola por la cintura. Se sintió vagamente contento al notar que Marcela no rechazaba su contacto.

Echaron a andar, dando media vuelta para encaminarse a la casa.

En los días precedentes, habían necesitado algunos objetos personales, que trajeron de la nave. Ahora querían llevárselos, simplemente.

De pronto, se detuvieron en seco.

Los fenómenos no habían concluido todavía. ¿Qué había sido de la casa, maravillosamente blanca, rebosante de gracia y elegancia? ¿Dónde estaban los edificios auxiliares?

Ahora veían una gran cabaña, de troncos y tablas, y un par de cobertizos rústicamente construidos. Las valías habían desaparecido y los animales domésticos pululaban sueltos por todas partes.

Lo único que continuaba idéntico eran los postes que sustentaban las lámparas que alumbraban la explanada. Todo lo demás, había sufrido una transformación radical, absolutamente incomprensible.

-¡Dios mío! -gimió Marcela-. ¿Qué ha pasado aquí?

Finney estaba atónito. Pero muy pronto empezó a tomar cuerpo una hipótesis en su mente.

-Me parece que ya empiezo a comprender lo sucedido -murmuró.

Y, en aquel preciso instante, una voz atronadora descendió de las alturas;

-Eh, ¿hay alguien ahí?

Finney y Marcela elevaron la vista. A menos de cincuenta metros, un aeromóvil, con algunas lámparas chispeantes en distintos puntos de su estructura, descendía suavemente hacia la explanada.

El aparato se inmovilizó en el suelo. Una escotilla se abrió, tres hombres salieron sucesivamente por ella. Los tres vestían unos raros uniformes negros y en uno de ellos se veían galones rojos y dorados en sus hombreras.

-¿Viven ahora aquí? -sonrió el sujeto-. Permítanme que me presente: capitán Kendhor, de la Policía Rural. Suelo pasar por esta granja algunas veces, aunque ahora hacía ya tiempo que no me había asomado a echar un vistazo. ¿Acaso se la compraron a los dueños?

Finney tragó saliva. Los policías no se habían dado cuenta aún de los dos cuerpos tendidos en el suelo.

Kendhor añadió:

-Loaddo y Myrva eran dos tipos estupendos, pese a su aspecto. Vinieron aquí hace algunas semanas, desde Jypphaxil, su planeta y se mostraban muy corteses con nosotros. Puesto que eran polimóficos, podían adoptar diversas formas y se convertían en personas como nosotros...

Un agudo grito resonó en aquel instante:

-¡Capitán, están muertos!

Finney se puso una mano ante los ojos.

-La catástrofe -murmuró, anonadado.

Kendhor se volvió. Desde el sitio en que estaba podía ver los cuerpos que yacían en el suelo. Uno de sus hombres dio la vuelta al cadáver de Loaddo y vio el cuchillo que sobresalía de su pecho.

-Capitán, me parece que aquí ha pasado algo nada agradable -dijo.

El otro policía examinó a Myrva.

-Tiene señales de una puñalada, señor -informó.

Kendhor se volvió hacia los dos terrestres.

-Imagino que podrán explicarme lo sucedido -dijo-. Pero antes de que despeguen los labios, quiero hacerles una advertencia. En Jukko, la forma física no importa nada. Una persona es una persona, cualquiera que sea su aspecto. ¿Lo han entendido?

Finney avanzó las manos con gesto suplicante.

-Capitán, si deja que le expliquemos... Todo fue un accidente... Yo no quería herir a Myrva, pero el cuchillo se f clavó en el pecho... Luego, su hermano intentó matarme con una pistola láser... No tuve otro remedio que defenderme, créame.

-No siga hablando, podría perjudicarse más todavía -cortó Kendhor con helado acento-. Lo siento, amigo; tendrán que acompañarnos a la Jefatura Regional, en dond podrán expresar todos los descargos que quieran. Lo unid cierto es que dos personas han muerto violentamente, y eso e algo que merece la atención de la justicia de Jukko.

Finney se sintió desesperado. Quizá, con un interrogatorio mediante hipnosis, podía demostrar su inocencia. Pero tarda rían días,

seguramente, y ya no llegaría a tiempo para rescatar a Kryna antes de su transformación. Su misión habría fracasado y...

Marcela le contemplaba con gran interés, esperando su decisión. Súbitamente, Finney emitió una especie de gruñido.

Empezó a moverse. En fracciones de segundo, puso en práctica todo lo aprendido durante su entrenamiento. Visto no visto, se convirtió en un torbellino humano, cuyos movimientos eran imposibles de seguir con la mirada.

Kendhor gritó y cayó, sin conocimiento. Los dos policías intentaron usar sus armas, pero las acciones del joven se desarrollaban con demasiada rapidez y no pudieron evitar la derrota, que se consumó en contados segundos.

Al terminar, Finney, jadeante, cubierto de sudor, se encaró con Marcela, que permanecía inmóvil, como hipnotizada por una fuerza extraña que le impedía hacer el menor gesto.

-Lo siento -dijo-. No tuve otro remedio que hacerlo...

-¿Están muertos también?

A Finney le dolió enormemente la última palabra.

-No... Sólo procuré dejarlos sin sentido... Hemos de impedir que nos encierren en algún calabozo...

-Despertarán pronto y nos perseguirán. Tienen medios sobrados para detectarnos...

Finney miró hacia el aeromóvil, cuyas luces continuaban emitiendo brillantes destellos.

-Ahí tenemos algo que nos permitirá alcanzar la nave en pocos minutos -dijo.

Marcela comprendió sus intenciones.

-¿Puedes pilotarlo? Parece distinto del nuestro -alego.

-Me enseñaron a pilotar toda clase de aparatos -respondió él, a la vez que la agarraba por un brazo-. ¡Vamos, no perdamos más tiempo!

CAPITULO IX

El vehículo policial tenía piloto automático y Finney lo conectó apenas desembarcados junto a la astronave, haciendo que se elevase nuevamente en el aire y volase en dirección opuesta a la que habían seguido hasta allí.

-Tardarán mucho en localizar a Kendhor y sus hombres -dijo.

Minutos más tarde, emprendían el vuelo en el aeromóvil provisto de psicomotor. Finney marcó el rumbo y conectó también el piloto automático. Luego se recostó en su asiento, infinitamente cansado.

-No quiero usar todavía el psicomotor -manifestó-. Cuando se emplea, es preciso sentir una gran tranquilidad, tener la mente descansada, en suma, Y nosotros, a lo que parece, hemos estado doce días bajo una ficción indudablemente provocada por otros cerebros que se habían adueñado de los nuestros. Éramos sus prisioneros, aunque no tuviésemos rejas que nos cerrasen el paso hacia la libertad.

-¿Tú crees, Brooke? -dijo ella.

-Sí, sin ningún género de duda. Ahora lo veo bien claro. Desde el primer momento, Loaddo y Myrva se presentaron a nosotros bajo un aspecto sumamente atractivo. Pero eso no habría tenido importancia, ya que, como seres polimórficos y que pueden cambiar de aspecto a voluntad, resulta lógico que, por cortesía, adoptaran una forma idéntica a la nuestra. Lo que ya no es tan lógico es que mantuvieran la otra clase de ficción.

-¿Qué otra clase? -preguntó Marcela.

Finney inspiró profundamente.

-Myrva vino a mi dormitorio la primera noche -contestó-. Entró, se quitó la ropa y se acostó conmigo. Y a mí me pareció la cosa más maravillosa del mundo.

Bruscamente, Marcela se tapó los ojos.

-A mí me sucedió algo parecido -gimió-. Dios mío, pensar que me he entregado a un ser tan repugnante, que sentí, hacia él un infinito amor... Pero, ¿qué me ocurrió? ¿Cómo pude acceder a algo tan horrible?

-No eras tú, sino la mente de Loaddo. Y a mí me sucedía lo mismo con Myrva.

-Pero... ¿qué me dices de los actos físicos? -gritó Marcela, al borde de la histeria-. Yo... con Loaddo...

Finney alargó su mano y apretó la de la joven.

-Cálmate -rogó-. He estado pensando mucho en lo sucedido. Provocaron en nosotros la alucinación del amor. Hicieron que nos enamorásemos de ellos y creíamos que los amábamos también físicamente. No, no pudieron hacer nada de lo que tengamos que arrepentimos.

-¿Por qué? -quiso saber ella.

-Hay momentos en que el ser humano, se relaja absolutamente, por imperativo de la naturaleza, y también por otras causas que no puede evitar. Ellos enviaban a nuestros cerebros las imágenes del acto carnal, pero no podían ni siquiera realizarlo, porque entonces habrían sufrido un breve éxtasis de relajación total y habrían aparecido ante nuestros ojos con su aspecto normal. Repito, no ocurrió nada... aunque lo creyésemos firmemente y estuviésemos convencidos de que sí ocurría.

-Creo que comprendo -murmuró ella-. Tenían que mantener una especie de tensión psicosomática, para continuar en todo momento con una figura semejante a la nuestra.

-Exactamente. Pero hubo un momento en que esa tensión cedió y yo vi a Myrva tal como era en realidad.

-¿Cómo? -gritó Marcela.

-El vino de la cena. Yo me alegré un poco y Myrva también había tomado un par de copas de más. Una buena cena, con vino, siempre provoca un estado de euforia, durante el cual desaparecen buena parte de las inhibiciones. Los ánimos se relajan y distienden y, en el caso de nuestros anfitriones, su tensión psicosomática se relajó también. A Myrva le sucedió durante una fracción de segundo, aunque me pareció entonces que se trataba de una alucinación, producida por mi misma euforia. Luego, por desgracia, pude comprobar que se trataba de una amarga realidad.

-Pero ellos... ¿por qué lo hicieron? ¿Cómo nos engañaron de semejante manera, Brooke?

-He estado pensando mucho en el asunto. El capitán Kendhor dijo que los dos hermanos llevaban algunas semanas en el valle. Muy posiblemente, les ordenó instalarse ahí, como otros, tal vez, nos habrán aguardado en alguna otra parte. Rahah-Hin es, sin duda, un hombre muy previsor.

-Sí, creo que tienes razón. Y ellos nos hicieron ver cosas que sólo existían en nuestra mente.

-Un hombre joven y apuesto, una hermosa muchacha, una casa maravillosa... Recuerda la Odisea, Ulises, la maga Circe y los compañeros de aquél.

-Circe los convirtió en cerdos y a Ulises le hizo perder la memoria de lo que era y olvidó a su esposa Penélope y a su patria.

-En efecto. No cabe duda de que esos seres tienen una mente muy poderosa, capaz de influenciar las ajenas hasta límites casi inconcebibles.

-Pero sigo sin entender cómo lo descubriste -dijo Marcela.

-Es bien sencillo y la culpa -sonrió Finney es del vino, que me liberó en parte del dominio a que me sometía Myrva. Yo miré el reloj una vez, para marcharnos al dormitorio. También vi algo, pero no lo capté en aquel momento, aunque su imagen sí quedó grabada en mi subconsciente. Luego volví a mirar el reloj... y el calendario, y noté que habían transcurrido doce de los quince días aproximadamente que teníamos para encontrar a Kryna. Entonces fue cuando volví a la realidad, dije que tenía que marcharme, Myrva empezó a mostrar su oposición y...

Finney dejó la frase sin concluir. Marcela asintió.

-Sí, ella se dio cuenta de que ibas a cumplir tu misión y, viendo que había fracasado por el hipnotismo, quiso asesinarte.

-Ahí empezó y acabó todo, por fortuna.

-Bien, pero ahora seremos perseguidos por la Policía...

-No nos encontrarán, al menos, antes de que hayamos rescatado a. Kryna. Y entonces, ella nos protegerá, tenlo por seguro.

Callaron un momento. Luego, Marcela hizo una pregunta al joven:

-¿Piensas encontrarla hoy mismo?.

-Si te refieres a esta noche, te diré que no -contestó Finney-. Conozco, con mucha aproximación, el lugar exacto donde se encuentra Kryna. Pero es de suponer que esté muy vigilada y que habrá que pelear con sus rapto es para conseguir libertarla. Naturalmente, antes de iniciar la pelea, debo reconocer el terrenos y las fuerzas adversarias. Y eso, como puedes comprender, se hace mucho mejor a la luz del día.

Marcela hizo un gesto de aquiescencia. Era una decisión sensata, pensó.

* * *

Abrió los ojos y estiró los brazos voluptuosamente, libre de los terrores que había padecido la víspera. En cierto modo, sentía enormemente lo ocurrido a Loaddo y a Mirva, pero no le cabía la menor duda de que la pareja de nativos de Jypphaxil habían intentado matarles, fracasados los lazos hipnóticos con que les había retenido. Pero aunque todo hubiese sido una ficción, no por ello dejaba de tener memoria de unos ratos sumamente agradables. Incluso sometida a una alucinación constante, habían sido unos días maravillosos.

Estaba recostada en el sillón contiguo al del piloto, cuyo respaldo había echado hacia atrás, a fin de dormir más cómodamente. Finney había hecho aterrizar el aeromóvil en el fondo de una angosta cañada, cubriéndolo luego con algunos ramajes. El joven había asegurado que la distancia al lugar donde se encontraba Kryna no era superior a los dos mil metros.

Abrió los ojos.

-Brooke...

Repentinamente, se dio cuenta de que estaba sola. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

-¡Brooke!

Finney no contestó. Marcela empezó a sentirse muy aprensiva.

Miró a todas partes. Por encima de su cabeza, se alzaban las nevadas

crestas de una cordillera de aspecto impresionante. La temperatura era más bien fría y se estremeció.

Arriba, en las cumbres, soplaba un huracán. Marcela podía ver las hilachas de nieve pulverizada que se desprendían de los picos montañosos. Le pareció hallarse en Un valle del Nepal terrestre, al pie del Everest.

Una ramita crujió en las inmediaciones. Alguien la había pisado, partiéndola en dos. Marcela se volvió instantáneamente.

-¿Brooke?

No hubo respuesta. Llena de aprensiones, retrocedió hacia el aeromóvil. Entraría en el vehículo, cerraría por dentro y de repente, una mano cubrió su boca, a la vez que un brazo ceñía su cintura. Detrás de ella, alguien dijo:

-No grite o la mataré. ¿Me ha entendido?

Marcela asintió. El desconocido aflojó la presión de su mano sobre la boca de la joven, aunque sin quitarla del todo.

-¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

-Mi nombre es Marcela -contestó la joven-. En cuanto a los motivos de mi presencia aquí no le interesa en absoluto.

-En eso se equivoca, preciosa. Puedo retorcerle el cuello antes de que se dé cuenta de lo que le sucede... ¡y lo haré si persiste en callar!

Marcela se sintió acometida por una helada agonía. Brooke, Brooke, ¿dónde estás?, llamó silenciosamente.

Pero el joven no daba señales de vida. Desesperada, intentó ganar tiempo como fuese.

-Suponiendo que hable, ¿qué garantías tengo de que respetará mi vida?

-Mi palabra -contestó el desconocido.

-Eso no es suficiente.

-En Jukko, sí.

-¿De veras? Permítame que lo dude, sobre todo si pen samos en tipos

como Arghord y Rahah-Hin.

El desconocido respingó. Marcela captó la sacudida da por su cuerpo, a causa de la sorpresa que le aquellas palabras.

-¿Qué sabe usted de esos dos tipos?

-Muchas cosas y ninguna buena, pero no se lo voy a decir a usted, que es amigo suyo...

-¿Yo, amigo de esos canallas? ¡Está loca!

-A mí no me engaña, amiguito. Finge odiarlos, sonsacarme...

De repente, oyó una exclamación de sorpresa. Luego cela captó el inconfundible sonido de un puño al entrar en contacto con una mandíbula humana. Y, finalmente de un cuerpo que chocaba contra el suelo.

* * *

Marcela se volvió y se arrojó a los brazos de Finney.

-Especie de canalla -le apostrofó-. Te fuiste sin decirme nada...

-¡Mujer, dormías tan bien! -sonrió el joven-. Pero no he ido demasiado lejos y, a fin de cuentas, he llegado a tiempo. Me parece -añadió, jovial.

-Sí, demasiado a tiempo. Ese tipo quería retorcerme el pescuezo como si yo fuese una gallina -se lamentó Marcela.

-Tu pescuezo es de cisne -rió Finney-. Aunque, eso sí, habría sido una lástima que te hubiesen roto. ¿Quién es el fulano? -señaló al caído.

Ella se encogió de hombros.

-No lo sé. Se acercó por detrás y me sorprendió, sin tiempo a defenderme. Quería que le dijera qué hacíamos aquí. Yo me negué y por eso me amenazó con matarme. He procurado ganar tiempo... pero estuve a punto de ceder.

-Comprendo -dijo él-. Bueno, la exploración ha sido un éxito. He

localizado el escondite de Kryna.

Marcela palmeteó.

-¡Bravo! Eres un tipo portentoso, Brooke.

Finney se llevó una mano al pecho y dobló el espinazo.

-Gracias por sus elogios, milady -contestó-. Pero una cosa es localizar el escondite de Kryna y otra, nada fácil por cierto, es conseguir su rescate.

Ella dejó de sonreír en el acto.

-¿Resultará difícil?

-Bastante. He podido, incluso, tomar contacto mental con ella, aunque sin comunicarme inteligiblemente. Su mente funciona, porque el cerebro de una persona no descansa jamás, pero no es receptivo en absoluto a los estímulos de mis llamadas telepáticas.

-Pero... ¿no dijiste que no eras telépata? -preguntó Marcela, atónita.

Finney tocó la mochila que llevaba a la espalda.

-Llevo aquí un amplificador de emisiones mentales -explicó-. Funciona por los mismos principios que el psicomotor del aeromóvil, aunque su objeto no es mover ningún vehículo, sino facilitar los contactos de mi cerebro con el de otra persona.

-Si esa otra persona no tiene el amplificador, tus llamadas resultarán estériles.

-En el caso de Kryna, no. Ella posee una mente muy poderosa.

-Lo cual no le impidió que la secuestrasen -dijo Marcela con desdén.

-Tú crees que tener una mente poderosa es levantar a las personas en el aire con solo desearlo o matarlas o prohibir que hagan esto o lo otro, y no es así. La mente humana, al menos por ahora, tiene ciertas limitaciones, que ni siquiera Kryna puede superar. Tal vez podría hipnotizar a algunas personas, pero si es atacada por sorpresa... ¿Comprendes?

-Sin embargo, lleva ya muchos días secuestrada. En ese tiempo, podría haber utilizado su fuerza mental, ¿no crees?

-Seguramente, idearon algún procedimiento para evitarlo. Bueno, el caso es que la he localizado y que...

Finney se interrumpió. El desconocido empezaba a moverse.

-Continuaremos luego -dijo-. Vamos a atender ahora al individuo que quería romper el cuello de cisne más bonito que he visto en los días de mi vida.

Marcela se sonrojó.

-¿De veras, Brooke?

-Puedo jurártelo -contestó él solemnemente. Y se volvió, para encararse con el desconocido.

CAPITULO X

Era un hombre joven, como de unos treinta y cinco años, fornido, apuesto, de largos cabellos negros y vestido con gran sencillez. Al recobrar el sentido, sacudió la cabeza y luego de abrir los ojos, se tanteó el mentón con una mano.

-Hermano, pega duro -dijo, apoyado en un codo.

-No lo crea -rió Finney-. Podría haberle matado, pero empleé sólo la fuerza justa para dejarle sin sentido. Y, a propósito, ¿quién es usted?

-Me llamo Sylvus Shan y eso es todo -contestó el sujeto.

-No, amiguito, no es todo. Quiero saber qué hacía aquí... o seré yo ei que retuerza un pescuezo.

Shan lanzó un hondo suspiro.

-De todos modos, aunque se lo cuente, no me van a creer -respondió.

-¿Por qué no? Si su historia tiene un mínimo de lógica, puede resultar perfectamente creíble. Hable, Sylvus.

-¿Puedo ponerme en pie?

-Claro. Pero no intentes nada. Soy más fuerte y conozco muchos

trucos. Si intentase atacarme, no sería tan considerado como la primera vez.

Shan hizo un gesto de asentimiento.

-De acuerdo -contestó, a la vez que se levantaba-. No puedo decir gran cosa. Yo vivía en la capital y, hace algunos días, alguien me ordenó venir aquí. Eso es todo.

Finney alzó las cejas.

-¿Eso es todo?

-No sé quién me lo ordenó y, además, me imagino que les resultará fantástico. Alguien me dio la orden mientras dormía y emprendí la marcha hacia aquí. Dejé el aeromóvil a unos cinco kilómetros de distancia...

-Brooke, no le hagas caso -intervino Marcela-. Este tipo es un espía de la banda de secuestradores y quiere que nos traguemos la fábula de una orden misteriosa, recibida en sueños. Estaba vigilando los alrededores, nos encontró y quiso apuntarse un tanto, simplemente.

-¡No! Les juro que todo lo que he dicho es cierto! -gritó Shan.

-Puede que lo sea para usted, pero nosotros no tragamos fácilmente ruedas de molino -dijo Finney.

Shan extendió las manos.

-Escuchen... Es verdad lo que he contado. Alguien me llamó, ordenándome que viniese aquí... Hay una persona en peligro y yo debo rescatarla...

Finney emitió un bufido.

-¡A otro perro con ese hueso! -cortó despectivamente-. Sylvus, vamos a dejarle en situación de que no pueda avisar a sus compinches de nuestra presencia en estos parajes. Si yo fuese otro, créame, de verdad le torcería el pescuezo, pero prefiero que sean las autoridades legales de Jukko las que se encarguen de castigarle.

Shan emitió un grito de furia y se abalanzó contra el joven. Finney golpeó primero su estómago y luego el mentón, dejándolo nuevamente tendido en el suelo.

-Voy a buscar una cuerda -dijo ceñudamente.

Entró en el aeromóvil y salió a los pocos momentos con un rollo de cuerda en las manos. Cinco minutos después, Shan quedaba atado de pies y manos, y con la boca tapada por un esparadrapo. A continuación, Finney llevó al sujeto a unos matorrales, que le ocultarían a la vista de cualquiera que pudiera pasar casualmente por aquellos parajes.

-Bueno -dijo al terminar-, y ahora, vamos a preparar el plan de ataque.

-Sí, me siento impaciente por saber qué piensas hacer -manifestó la joven.

-Verás...

Finney no pudo continuar. Arriba, en el cielo, brilló súbitamente un vivo resplandor.

-Me parece que viene alguien -exclamó-. Marcela, creo que conviene que nos escondamos.

-En el aeromóvil -propuso ella.

-¡Ni hablar!

Finney agarró la mano de Marcela y tiró hacia el abrigo de unas rocas cercanas, no lejos de las cuales se hallaba Shan. Casi en el mismo instante, algo descendió centelleando de las alturas.

Era como una raya de luz, de blancura deslumbrante, que llegó instantáneamente al aeromóvil. Entonces, se produjo una aterradora explosión y el aparato voló por los aires, convertido en fragmentos.

* * *

La explosión provocó una tremenda onda que barrió las inmediaciones del lugar. Un par de árboles fueron troncados como simples palillos de dientes. Trozos de roca volaron por los aires, junto con nubes de tierra y polvo, que oscurecieron la atmósfera durante unos momentos.

Finney y Marcela quedaron ensordecidos por el estampido. Durante unos segundos, permanecieron aturdidos. Finney supo que las rocas les habían salvado la vida.

Asomó la cabeza. Del aeromóvil no quedaba el menor rastro, convertido en minúsculos fragmentos que habían volado en todas direcciones. En el suelo se veía un profundo cráter, del que todavía brotaban algunas volutas de humo.

-Brooke, ¿qué ha sido eso? -preguntó la muchacha.

-Seguramente, dispararon una descarga de choque, reforzada con láser -contestó él-. El láser perforó el casco de la nave y la descarga, rompiendo las moléculas de la estructura del aeromóvil hizo el resto..

-Eso significa que nos han localizado.

-Más todavía: se disponen a aterrizar.

Marcela elevó la vista. El aeromóvil atacante descendía con gran rapidez.

-Pero nuestro aparato estaba oculto... -alegó Marcela.

-Las ramas de los árboles no detienen las emisiones del radar -contestó él.

-Si nos ven, lo vamos a pasar muy mal.

-¿Qué te parecería si procurásemos que fuesen ellos quienes lo pasen mal? -sonrió Finney.

-¿Cómo lo harás, Brooke?

-Esperemos a que aterricen.

El aeromóvil bajaba raudamente. A cincuenta metros del suelo, redujo su velocidad. Luego, lentamente, se posó en el suelo.

Una escotilla se abrió. Cuatro hombres uniformados saltaron fuera. Uno de ellos movió su mano.

-Puede que estén escondidos -dijo-. Es preciso que nos aseguremos de que están muertos.

-Teniente, ¿qué hacemos si nos encontramos con alguno de ellos?

-Disparen primero y luego díganles que estaban ilegalmente en un lugar prohibido -contestó el oficial burlonamente.

Los soldados desenfundaron de inmediato sus pistolas de láser.

Marcela dirigió una mirada suplicante al joven.

Finney asintió. Tanteó con la mano y buscó una piedra, gruesa como su puño. Dos de los soldados marchaban en dirección opuesta a las rocas y desaparecieron bien pronto entre la espesura. Un tercero se encaminó directamente al roquedal.

Finney adivinó su ruta y se preparó para actuar, situándose junto a una piedra más alta que él. Sonaron pasos en las inmediaciones.

El soldado dio la vuelta a la roca. Una mano, de dedos de hierro, sujetó su muñeca armada. Antes de que pudiera emitir un grito, algo golpeó con dureza su mentón.

Finney soltó al sujeto y se apoderó de su pistola.

-¿Vas a disparar contra el oficial? -susurró Marcela.

El joven hizo un gesto negativo. Volvió a coger la piedra, que había dejado para atacar al soldado, y se asomó por encima de las rocas.

El oficial continuaba en el mismo sitio, pistola en mano, girando lentamente sobre sus talones, para explorar los alrededores con la mirada. Finney aguardó a que estuviera vuelto de espaldas y entonces lanzó el pedrusco.

Se oyó un croe de tonos huecos y e! oficial cayó fulminado, de bruces. Finney saltó hacia él y le arrebató la pistola.

-Bravo -palmoteo Marcela.

-Silencio, todavía quedan dos.

Finney miró a todas partes. De pronto, divisó algo que le hizo sonreír. Metió la pistola en el cinturón, tomó carrerilla, y saltó hacia arriba con los brazos extendidos, agarrándose a una rama que estaba a unos cinco metros del suelo. Ejecutó una flexión de brazos y se situó a horcajadas sobre la rama primero, deslizándose a continuación a un punto situado más cerca del tronco. Desde allí hizo señas a la joven para que se escondiera.

Marcela obedeció, aunque la curiosidad le hizo mantener la vista por encima de la roca que la ocultaba. El silencio había vuelto a aquel lugar.

Minutos más tarde, regresaron los dos soldados, convergiendo en las

inmediaciones del cráter.

-Yo no he visto a nadie. ¿Y tú? -dijo uno de ellos.

-Tampoco... ¡Eh! -gritó el otro-. Mira, algo le ha pasado al teniente Drobdin.

Los dos hombres echaron a correr emparejados y pasaron por debajo del árbol. Finney se descolgó, con las piernas extendidas.

Dos pies golpearon sendas espaldas, lanzando a los guardias al suelo, aturdidos y desconcertados. Finney cayó también, pero se levantó de un salto y, antes de que los soldados pudieran recobrarse, los inutilizó de sendos puñetazos.

Marcela se puso en pie sobre las rocas.

-¡Brooke, campeón tú! -gritó.

El joven sonrió.

-Aún queda algo de cuerda -dijo.

-Entiendo.

Marcela llegó a los pocos momentos. Finney estaba entregado a una tarea singular.

-¿Los vas a desnudar? -preguntó ella.

-A dos. por lo menos. Así nos pondremos sus uniformes.

-Oh, comprendo...

-Puedes volverte mientras les quito las ropas. Aunque ya sé que no es la primera vez que ves a un hombre desnudo.

-Tendrán prendas menores -dijo ella-. Y lo que vi en la granja, eran sólo alucinaciones.

-¿También yo era una alucinación?

Marcela se puso colorada.

-Será mejor que cambiemos de tenia -contestó.

Dos uniformes pasaron a los pocos momentos a poder del joven.

Finney entregó uno a Marcela.

-Cámbiate, pronto -ordenó.

Ella se fue al otro lado de unos matorrales. Finney se vistió con ¡as ropas dei oficial, un tipo fornido y voluminoso, incluso más que él, pero el tejido era elástico y se acomodo sin dificultad a su cuerpo.

Conservó dos de las pistolas láser. A las otras dos las despojó de su batería, arrojando las piezas dispersas en varios puntos. Luego se aplicó a atar a los prisioneros.

Cuando terminaba, apareció Marcela.

-Me parece que el disfraz no va ha servir de nada -dijo.

-¿Por qué? -se sorprendió Finney. Marcela señaló con ambas manos las curvas de su pecho.

-No tengo lo que suele decirse formas opulentas, pero, vamos, se nota que no soy un hombre -contestó.

Finney sonrió, se acercó a ella y la besó en una mejilla.

-Y no sabes cuánto me alegro de que no seas un hombre -dijo-. Pero no temas; el uniforme sólo servirá para la primera impresión. La sorpresa hará el resto.

De pronto, alguien se movió en las inmediaciones. Finney se volvió hacia el oficial, quien en vano trataba de soltarse las ligaduras que le tenían sujeto.

-¡Suéltenme! -vociferó-. ¡Les ordeno que me quiten las cuerdas! ¿Me han oído?

-No somos sordos, teniente Drobdin -contestó el joven calmosamente-. También oímos la orden que daba a sus subordinados, para que disparasen primero y preguntasen después. -Repentinamente, le encañonó con una pistola-. ¿Le gustaría que yo hiciese eso que usted ordenó a sus subordinados?

La cara de Drobdin se puso verde.

-Eh... Bueno... Espere, usted no puede hacer una cosa semejante...

Finney se volvió hacia la muchacha.

-Yo no puedo y él sí -dijo, a la vez que le guiñaba un ojo-. Tú, ¿qué opinas?

Marcela se llevó sus manos al pelo, para atusárselo con un gesto de estudiada indiferencia.

-Haz lo que quieras. Pero avísame si vas a disparar; me disgustan los espectáculos sangrientos.

-Lo tendré en cuenta, cariño. Bien, teniente, seguir vivo depende de usted mismo. ¿Comprendes el significado de estas palabras? -preguntó Finney.

Drobdin asintió, resignado.

-Hablaré -dijo.

-El consejo de gobierno de Jukko se lo tendrá en cuenta, llegado el momento. Ahora, dígame, ¿cuántas personas hay en torno a la Maga?

-Aparte de las patrullas, hay un pelotón de doce hombres, constantemente en torno a la resistencia de Kryna. El coronel Forl es el encargado de la custodia de la Maga.

-¿Hay barreras detectoras?

Drobdin hizo un gesto negativo.

-Sólo una antena de radar, con dispositivo I.F.F.

-¿Qué es eso? -preguntó Marcela.

-Identification Friend or Foe, algo prácticamente tan antiguo como el radar. Es decir, detector de identificación de amigos o enemigos. El aparato que se acerque, deberá llevar un emisor cuya señal será captada por el radar, en cuya pantalla se verá si es amigo o viene con intenciones hostiles.

-Entonces, el aeromóvil de Drobdin debe de llevar un I.F.F.

-Justamente.

-Y nosotros podremos llegar...

-Sin dificultades. Lo peor vendrá después, pero creo que tengo la solución.

-¿Cuál es, Brooke?

-Ya lo sabrás en su momento. Ahora, vámonos antes de que sea demasiado tarde.

Entonces sonó una voz:

-No se irán sin mí, amigos -dijo Shan. Finney y la muchacha se volvieron en el acto. Ella gritó:

-¡Se ha soltado!

Shan sonrió.

-Sí. Me costó un poco, pero ustedes me dieron tiempo de sobra -explicó-. Es más, pude, incluso, haberles matado, pero me he dado cuenta de sus intenciones y preferí respetar sus vidas.

-Pudo habernos matado -resopló Finney-. ¿No está fanfarroneando, Sylvus?

shan enseñó un tubo semejante a un lápiz.

-Lo guardaba en un bolsillo. Es un láser, con capacidad para tres o cuatro descargas -contestó.

-Brooke, otra vez, cuando captures un prisionero, no dejes de registrarlo a fondo -aconsejó Marcela.

-Lo haré, descuida. Pero antes me gustaría saber qué motivos tiene el amigo Sylvus para acompañarnos.

-Ahora sé quién me ordenó venir aquí -respondió Shan severamente-. Fue ella en persona.

-¿Kryna? -adivinó Finney.

-La misma.

El joven asintió.

-Está bien, Sylvus. Vendrá con nosotros, pero con una condición.

-La acepto de antemano -contestó Shan-. ¿Cuál es esa condición?

-Primero habrá de ponerse un uniforme... No, espere; tengo otra idea mejor. Sylvus, hará exactamente todo lo que le ordene. ¿Me ha

entendido?

-Prometo obedecerle sin rechistar -aseguró el nativo con solemne acento.

CAPITULO XI

La casa era relativamente grande, construida con sólidos bloques de piedra blanquecina y ventanas forzadas para soportar los intensos fríos de las alturas. Mientras perdía altura, Finney se dijo que el edificio debía de haber sido construido por alguien aficionado a residir por temporadas en aquellos maravillosos paisajes.

A corta distancia del edificio, un espantoso precipicio se abría para formar una profundísima sima, a cuyo final se veía, diminuto por la distancia de más de mil metros casi en vertical, un río que parecía un hilo de plata de irregular trazado. Por encima de la casa se alzaba un colosal picacho, recubierto de nieve y hielo, una mole que daba la impresión de ir a desplomarse de un momento a otro sobre el lugar.

Finney maniobró con el aparato, para aterrizar frente a la casa, en cuya puerta se veía a un hombre uniformado, apoyado en la pared con aire negligente. El joven pensó que los conspiradores habían podido atraer a su causa a parte de la Policía. Los guardias rasos, tal vez, no estaban enterados de lo que se tramaba, aunque tanto Drobdin como el coronel Forl sí debían de estar al corriente de la trama.

Cuando el aparato tocaba tierra, un hombre salió de la casa. Era alto, de vientre prominente, pomposo, pagado de sí mismo y de la importancia dibujaba una sonrisa de autocomplacencia, Finney se dijo que Forl, sin duda, esperaba escalar más altos puestos, como premio por su colaboración en el secuestro de Kryna.

El aeromóvil se detuvo al fin.

-¿Preparados? -dijo.

-Listo -aseguró Shan.

Marcela se tocó preocupadamente el pecho.

-No sé, no sé...

-Ponte detrás de Sylvus -aconsejó el joven. Tanto él como Marcela llevaban sendos casquetes metálicos, que constituían parte del uniforme. Marcela había ocultado bajo el casco su frondosa cabellera. Por el momento, podría pasar, pero no tardaría en ser descubierta, se dijo, sin demasiado optimismo en el plan ideado por el joven. -Está bien -contestó.

Finney abrió la escotilla y saltó al suelo. Shan le siguió, con las manos a la espalda.

-¡Traemos un prisionero, coronel! -gritó Finney. Marcela asomó un poco, sólo lo justo para que se viese su uniforme y dar la sensación de que los demás guardias volvían también. Por su parte, Finney tenía la cara parcialmente vuelta, a fin de evitar prematuramente que Forl se diera cuenta del engaño.

Forl se acercó a grandes zancadas al grupo.

-¿Quién es el prisionero? -exclamó.

Bruscamente, Finney sacó su pistola láser y la apoyó en el abombado vientre de Forl.

-¡Usted, coronel!

* * *

Forl abrió y cerró la boca, jadeando como un pez fuera del agua. Finney añadió:

-Silencio. No alce la voz, no dé la alarma y puede que viva. Pero si llama a sus hombres, le abrasaré vivo. ¿Está claro?

Los ojos de Forl expresaban ira y terror a un tiempo.

-¿Qui... quién es usted? -preguntó.

-El hombre cuya llegada aquí se ha intentado evitar por todos los medios.

-¡Finney!

-El mismo. Coronel, venimos a rescatar a Kryna.

-Imposible. Ha comenzado ya la transformación.

Finney respingó.

-No le creo... Aún no era tiempo...

Forl se rehízo y sonrió burlonamente.

-Ah, sin duda cree que eso sucede de una forma absolutamente puntual, en un día determinado y con la hora, los minutos y los segundos señalados de antemano. Se equivoca, Finney. Ahora no se la puede tocar ni trasladar o moriría.

-Bueno, no tenemos tampoco demasiada prisa. Esperaremos... y usted, coronel, va a hacer exactamente lo que yo le diga o puede considerarse difunto.

Forl apretó los labios.

-Estoy en sus manos -gruñó.

-No lo dude. Escúcheme bien; ahora iremos a la casa y usted dará orden a todos sus subordinados, para que se reúnan en un mismo lugar. Luego les mandará deponer las armas y hará una declaración en regla, diciendo que ha decidido oponer a los sucios manejos de una miserable tropa de conspiradores y que, arrepentido, vuelve a ponerse de nuevo bajo las órdenes del gobierno legal. Hágalo así o no vivirá para contarlo.

Los dientes de Forl crujieron. Finney sonrió.

-Le he estropeado el panorama, ¿verdad? Usted ya se veía con un ascenso, un puesto en el gobierno, honores... Bien, lo siento, pero todavía puede conservar la vida y dar gracias por continuar respirando. ¡En marcha.

Forl dio media vuelta. Entonces, Shan, cuyas manos no estaban atadas, adelantó la derecha y le quitó la pistola.

Marcela se unió a la comitiva. Al llegar a la puerta, Forl dio una orden al centinela:

-Entra y reúne a todos los demás.

-Sí, señor.

El centinela no sospechó nada, puesto que el corpachón de Forl

ocultaba la pistola que Finney apoyaba en sus riñones. Dentro del edificio se produjo un ligero revuelo.

Doce hombres se congregaron en un salón. Forl pronunció un pequeño discurso. Finney apreció que los guardias acogían sus palabras con evidente desinterés. Algunos, incluso, sintieron bastante alivio.

-Muy bien, coronel -dijo el joven-. Ahora ordéneles que tornen los aeromóviles y que se vuelvan a su cuartel.

La pistolas estaban ya en el suelo. Diez minutos más tarde, todos los guardias habían desaparecido de aquel lugar, en tres aparatos. Mientras, Finney había encontrado unas esposas magnéticas, con las que sujetó las muñecas de Forl, encerrándolo después en el sótano del edificio.

-Y ahora -sonrió-, ya podemos rescatar a Kryna.

-Cuidado -advirtió Shan-. Recuerda lo que dijo Forl: está en la transformación y podría ser peligroso trasladarla a otra parte.

-Lo comprobaremos -respondió Finney-. Tal vez se trataba solamente de un truco para engañarnos. Y si es cierto que Kryna está sumida en ese trance, aguardaremos a que vuelva a la normalidad.

Inmediatamente, echó a andar. Abrió una puerta y vio una consola de control, con varias pantallas, una de las cuales, apreció de inmediato, era de radar, con dispositivo I.F.F. Entró en el cuarto y examinó los mandos del radar. Había también una alarma sonora, aunque no conectada, por lo que movió la tecla correspondiente, a fin de recibir un aviso sonoro, sin necesidad de permanecer constantemente ante la pantalla. Luego se dispuso a salir. Entonces sonó la voz de Marcela.

-¡Brooke, Sylvus, vengan! -llamó la muchacha-. ¡Ya he encontrado a Kryna!

* * *

Finney salió al corredor. Marcela se hallaba a! fondo, ante una puerta de dos hojas, que estaban abiertas de par en par. Shan llegó en aquel instante.

Los dos hombres avanzaron lentamente hacia la puerta. AI llegar a ella, contemplaron un espectáculo sorprendente.

La habitación era muy grande y todas sus paredes estaban cubiertas por espesas cortinas de color rojo oscuro, las cuales impedían la entrada de la luz exterior a través de las ventanas. En un rincón se divisaba una especie de brasero, sostenido por un pie de metal. El brasero tenía unos cincuenta centímetros de diámetro y quedaba sostenido a menos de un metro del suelo por el pie, artísticamente decorado.

En realidad, el brasero era un recipiente cóncavo, lleno de un líquido espeso, sobre el que flotaba un disco redondo, que servia para sostener la mecha, en la que ardía una llama amarillenta, que proporcionaba una extraña luz al ambiente.

En el centro de la estancia había un pedestal circular, de medio metro de altura y dos de diámetro. Sobre el pedestal se veía un extraño bulto.

Era como un montón informe de ropajes oscuros, arrojados allí sin orden ni concierto. No obstante, algo surgía de la parte superior del montón: unos mechones de cabello completamente blancos y un trozo de epidermis humana llena de arrugas.

Aquello era Kryna, pensó Finney, hondamente impresionado a su pesar. La Maga permanecía absolutamente inmóvil, encogida sobre sí misma y sometida a un proceso que la mente humana ordinaria era incapaz de comprender.

Shan extendió una mano.

-Creo que no deberíamos molestarla -dijo en voz muy baja-. En ella está operándose una transformación inconcebible y se halla por completo fuera de este mundo. Cualquier sobresalto podría causar en Kryna daños irreparables.

Finney asintió en silencio y retrocedió un par de pasos. Marcela, instintivamente, buscó su mano y caminó hacia atrás con él.

-Sylvus, ¿cuánto tiempo estará aún así? -preguntó el joven.

Shan hizo un gesto ambiguo. No tenía la respuesta, supuso Finney.

-Y después volverá a ser una mujer y hermosa -musitó Marcela.

-Siempre ha sido así, al menos, desde que se tiene memoria en nuestro pueblo -contestó Shan.

Había retrocedido con los dos terrestres, pero, de pronto, avanzó unos pasos y extendió las manos para cerrar las dos hojas de la puerta. En aquel momento, surgió una débil claridad del pedestal circular.

Shan se echó maquinalmente hacia atrás. Al mismo tiempo y de un lugar invisible, brotó una extraña música, solemne, majestuosa, pero de tonos muy suaves. Parecía como si en alguna parte un coro de cientos de voces, acompañado por una gran orquesta, interpretase un himno de triunfo y de paz. Y el coro y la orquesta se acercaban gradualmente a aquel lugar, al mismo tiempo que la claridad se hacía más intensa.

El fenómeno duró algunos minutos. Sin embargo, ni la música ni la luz se hicieron demasiado intensas. Súbitamente, volvió el silencio.

Pero la luz permaneció. Y entonces, Kryna empezó a incorporarse.

Finney y Marcela contemplaban el espectáculo con ojos fascinados, sabiendo que no volverían a ver otra cosa semejante en los días de su vida. A su lado, el nativo contenía su aliento a duras penas.

Muy lentamente, Kryna se puso en pie, todavía cubierta por aquellos oscuros ropajes. Una pesada túnica cayó al suelo y ella quedó cubierta por otra, de color algo más claro, que, no obstante, permitía ver una cara enormemente vieja, surcada por una inextricable red de arrugas y en la que se advertían fácilmente los síntomas de una existencia muy dilatada.

Kryna permaneció así unos segundos. Luego, de pronto, empezó a separar los brazos del cuerpo. Algo chasqueó suavemente.

Un trozo de su rostro saltó por los aires y cayó al suelo. Fragmentos de su cuero cabelludo salieron despedidos en todas direcciones, aunque no a demasiada distancia. La segunda túnica cayó también.

Parecía como si Kryna estuviese envuelta en una, cascara de infinita vejez, que se le desprendiese a pedazos Y en realidad, así era, pensó Finney, ahora con un brazo sobre los hombros de Marcela.

Más trozos de la piel cayeron al suelo hasta que, al fin, Kryna emergió completamente nueva, totalmente rejuvenecida, una esplendorosa estatua rebosante de belleza, delicadamente atractiva en su maravillosa desnudez.

La piel era ahora tersa, suave, y los cabellos, negros, caían en frondosa cascada sobre sus hombros. Todavía permanecía con los brazos extendidos y los ojos cerrados.

Al cabo de unos momentos, empezó a abrir los ojos. Una débil sonrisa se dibujó en sus labios, ahora cálidos, llenos de vida. Miró a los espectadores de tan singular escena y su sonrisa se acentuó.

Entonces, Shan, impulsivamente, dio unos pasos hacia adelante, se inclinó, tomó la túnica más clara y cubrió el cuerpo de Kryna. Ella asió los bordes de la túnica con ambas manos, para completar la operación.

-Has venido, como te ordené, Sylvus Shan -dijo.

-Fuiste tú -exclamó asombrado el joven nativo.

-Sí..., pero, dime, ¿quiénes son ésos?

Shan se lo explicó. Kryna volvió a sonreír.

-Os doy las gracias -dijo. De pronto flaqueó ligeramente y Shan se apresuró a sostenerla por la cintura-. Llevo unos cuantos días sin probar bocado -añadió-. Hasta una Maga necesita alimentarse...

-En alguna parte habrá una cocina y víveres -dijo Finney, que ya reaccionaba.

Kryna bajó del pedestal.

-Conozco la casa. Yo os guiaré. No me dejes, Sylvus -rogó cálidamente-. Pronto te explicaré por qué te llamé.

-No tienes que darme explicaciones. Yo era tu servidor y seguiré siéndolo mientras viva -contestó Shan.

CAPITULO XII

Los colores volvieron al rostro de Kryna poco después de tomar algo de alimento. Finney se sentía pasmado de hallarse ante una mujer que contaba más de mil años de edad y que parecía una jovencita que no había cumplido aún los veinte.

Kryna alargó una mano y la puso encima de la de Shan.

-Es mi última transformación -dijo suavemente-. Todo tiene un limite y yo no podía ser una excepción. Además, habría intentado hacerlo, aunque la naturaleza no hubiera actuado por sí misma. Ahora seré una mujer normal y cuando envejezca, me acercaré a la muerte, pero no lo lamentaré. -Vivirás todavía muchos años -sonrió Finney. -Una existencia normal, a partir de ahora. Sylvus formaba parte del personal que me atendía. Le he estudiado durante mucho tiempo. El será mi esposo. El rostro de Shan se iluminó. -Oh, Kryna, juro que te amaré mientras viva... Ella le tendió una mano.

-Lo sé. ¿Crees que, de otro modo, te habría elegido para que engendres en mí a la próxima Maga?

Finney se sobresaltó. Marcela se quedó sin respiración. -Sí -continuó Kryna-. Yo ya no podía efectuar una nueva transformación. Mi ciclo ha sido cubierto con creces y ahora debo someterme a las penalidades, pero también a los placeres de una existencia normal. Pero todavía tengo el deber de crear una nueva vida, otra Maga a la cual traspasar mis conocimientos, que guardará en su mente, para que los extraños no puedan emplearlos en fines que podrían resultar funestos.

Hubo una pausa de silencio. Finney el primero en romperla.

-Ellos, me refiero a Arghord, Rahah-Hin y su pandilla, querían obligarte a que les comunicaras esos conocimientos. ¿Podían hacerlo?

-En cierto modo, sí. Lo que sucede es que iniciaron su acción demasiado tarde. No podían forzar mi mente, porque me habrían matado y ello no les convenía.

-Pudieron obligarte mucho antes. ¿Por qué se quedaron quietos?

-Hace tan sólo unas semanas, mi mente habría anulado cualquier acción hostil por su parte. Tuvieron que aguardar a que mis fuerzas psíquicas decayesen, como suele suceder cada vez que debo transformarme. Entonces, me trajeron aquí, pero casi antes de que iniciasen su tratamiento, yo comencé la transformación.

-Por tanto, debían esperar a que esa transformación se hubiese realizado -supuso Marcela.

-En efecto. Sólo que vuestra llegada ha resultado maravillosamente oportuna y ahora ya no podrán nada contra mí -contestó Kryna.

Finney alzó una mano.

-Una sola pregunta más, por favor -rogó-. Ellos querían arrebatarte tus conocimientos. Supongo que saben qué conocimientos son, aunque ignoren los detalles. Quiero decir que saben, por ejemplo, que eres capaz de hacer tal o cualquier cosa, pero, en cambio, no saben como puedes hacerla. ¿Me equivoco?

-Aciertas -sonrió Kryna-. Mis conocimientos se refieren a la desintegración total y absoluta. El átomo se parte, se escinde, se fisiona, en suma, y así se consigue la energía nuclear. Si se funde el átomo, se logra la energía termonuclear. Pero nunca hay escisión ni fisión completas; siempre se produce una transformación en algo que permanece de una forma u otra. En cambio, yo poseo el secreto de la desintegración total.

Finney sintió que se le aflojaba la mandíbula.

-Desintegración total -repitió.

-Y entonces -dijo la Maga-, el universo entero desaparecería.

-Horrible -murmuró Marcela.

-Inconcebible -calificó Finney.

-Dominando el proceso de desintegración total, se conseguiría la energía absoluta y eterna, pero los riesgos son demasiado grandes y no puedo permitir que ese secreto caiga en manos imprudentes, movidas por una odiosa ambición de poder supremo. En mil años, no he podido encontrar aún el secreto de la domesticación de ese proceso y por ello, mi hija continuará poseyendo ese secreto y transformándose cada doscientos años, hasta que un día lo logre... o lo consiga su hija dentro de mil años más... o la nieta, dos mil años en el futuro.

Después de las palabras de Kryna hubo un profundo silencio. Finney aprobó la actitud de la Maga. La divulgación del secreto podía originar una catástrofe de proporciones inconcebibles. Kryna debía preservar aquellos conocimientos de las ambiciones humanas.

Repentinamente, antes de que pudieran reanudar la conversación, se oyó un suave campanilleo.

Finney se puso en pie de un salto.

-¡El radar! ¡Alguien se acerca! -exclamó.

* * *

El radar había dado señal positiva en el I.F.F., lo que significaba que, registrando la llegada de un amigo, resultaba enemigo para ellos. Finney empujó a sus compañeros hacia la salida.

-¡Aprisa! -dijo-. Hemos de marcharnos antes de que aterricen...

Empujó a las dos mujeres con ambas manos. Shan tiró de Kryna. En unos instantes, salieron a la explanada. Finney corrió hacia el aeromóvil a fin de ponerlo en marcha.

-¡Espera! -gritó Kryna inesperadamente.

Finney, con un pie en la portezuela, se volvió.

-Ya se ve el aparato a simple vista -dijo.

-No temas -aseguró Kryna-. Espera a que aterricen.

Por precaución, Finney tanteó la pistola láser qué pendía de su. cinturón. Kryna podía tener una gran potencia mental, pensó, pero no estaba dispuesta a correr riesgos.

El otro aeromóvil se acercaba con gran rapidez. Marcela se reunió con el joven.

-No me fío, Brooke -dijo, aprensiva.

-Confiemos en Kryna -contestó Finney.

El aeromóvil se acercó al suelo con excesiva velocidad. Finney torció el gesto.

-¿Qué clase de maldito piloto...?

De pronto, arriba en la montaña, se oyó un sordo crujido.

Finney levantó la vista un instante. En el mismo momento, el aeromóvil llegaba al suelo con demasiada fuerza. Aunque tenía fuera las patas del tren, éstas se rompieron al impacto y el cuerpo del aparato rebotó fuertemente un par de veces antes de detenerse.

Otro estallido se produjo en la montaña. Finney empezó a sentirse aprensivo.

Cuatro hombres desembarcaron a trompicones del aeromóvil. Uno de ellos emitió unos violentos apostrofes.

-¡Maldita sea, Arghord! ¿Qué clase de piloto es usted? -rugió.

-Perdone, señor; no lo pude evitar... Algo falló en los indicadores de proximidad...

Rahah-Hin extendió una mano.

-¡Cállese, imbécil! -bramó-. Estoy viendo algo muy interesante y, si no me equivoco, ya se ha efectuado la transformación. ¿Me equivoco, Kryna?

-No -contestó la aludida-. Pero ni tú ni los tuyos podréis ya nada contra mí. No se cumplirán vuestros deseos, no conseguiréis arrancarme los conocimientos que debo preservar para bien de la Galaxia. Todos vuestros esfuerzos han resultado inútiles y ahora ya no podréis nada contra mí. Tendréis que regresar a la capital y afrontar las consecuencias de vuestros delitos.

Rahah-Hin emitió una imprecación, a la vez que daba un paso hacia adelante. Kryna levantó la mano derecha.

-¡Quieto! ¡Quietos todos ahí, hasta que nosotros hayamos alzado el vuelo!

En lo alto de la montaña pareció como si de repente se produjera una salva de mil cañones que disparasen a la vez. Finney lanzó un grito:

-¡Sylvus, trae a Kryna inmediatamente! ¡Marcela, adentro!

La muchacha no se hizo de rogar. Shan arrastró casi a Kryna y la empujó al interior del aeromóvil. Finney cerró y se precipitó a los mandos, haciendo que el aparato se elevase verticalmente, a toda velocidad. Apenas alzó el vuelo, lo hizo girar en redondo y luego continuó la ascensión.

Rahah-Hin y sus secuaces recobraron el dominio de sus mentes y sus cuerpos, unas y otros paralizados por la orden de Kryna. Rahah-Hin levantó la vista y lanzó un grito de terror.

La montaña se derrumba sobre aquel lugar. Un colosal paredón de

más de mil quinientos metros, hecho de nieve y hielo, descendía vertiginosamente sobre la casa y la explanada.

Lanzando aullidos de terror, los cuatro hombres se precipitaron al aeromóvil. Arghord quiso empuñar los mandos, pero Rahah-Hin lo apartó brutalmente a un lado.

-¡Déjeme, estúpido! Si lo hubiese pilotado yo, no habría pasado nada -barbotó.

Presionó la tecla de contacto. El aparato continuó inmóvil.

Fuera, el ruido resultaba ensordecedor. Millones de toneladas de agua en estado sólido se precipitaban con increíble velocidad hacia abajo.

La masa blanca empujó la atmósfera delante de sí. El aeromóvil se tambaleó.

-¡Esto no funciona! -chilló Rahah-Hin.

Los guardaespaldas, espantados, salieron del aparato y trataron de escapar. Arghord les imitó en el acto.

El aterrizaje demasiado brusco había originado averías irreparables en el aeromóvil, comprendió. Pero era demasiado tarde.

Desde el aire, en lugar seguro, Finney y sus compañeros contemplaron los efectos del gigantesco alud. Las, primeras avanzadas de nieve y hielo alcanzaron la casa y la hicieron volar literalmente por los aires..

Cuatro figurillas negras corrían despavoridas sobre la llanura. El alud se las tragó en un instante.

Luego, la colosal riada siguió su camino y saltó por el precipicio. Enormes nubes de humo blanco se elevaban a la altura, opacando la visión. Finney comprendió que todo había terminado ya.

-Creo que debemos regresar -propuso.

-Sí. -Kryna le miró afectuosamente-. Debo darte las gracias -agregó-. Pese a mis poderes, habría perecido de no ser por tu oportuna llegada.

-Para eso me enviaron precisamente aquí -contestó el joven.

* * *

Silbando alegremente, Finney llegó ante la puerta de la verja, con algo en los brazos, y pulsó el llamador. Una voz preguntó quién era.

-Abre. Rob-Uno -ordenó Finney-. ¿O eres Rob-Dos? Bueno, lo mismo da. Soy Brooke y quiero ver a tu ama.

-Al momento, señor.

Finney franqueó el umbral y, al hallarse al otro lado, dejó en el suelo el cachorrillo que llevaba en brazos. El animal empezó a corretear de un lado para otro.

Alguien se le acercó, corriendo, con los brazos abiertos.

-¡Brooke! -gritó Marcela-. Especie de canalla, miserable bandido, ¿dónde te has metido todo este tiempo?

De pronto, Marcela se interrumpió y le miró extrañada.

-Oye, has cambiado una enormidad...

-Soy el que era antes de convertirme en un nuevo Superman. Por eso he tardado tantos días en venir a verte -explicó Finney.

-Comprendo -dijo la joven.

-Era más alto y más fuerte y más guapo... pero aquélla no era mi figura. Me conformo con la que Dios me concedió al nacer. Si ello te desilusiona, lo siento, pero no podía seguir de aquella manera.

Marcela sonrió.

-No me desilusiona. Eres el que eras y eso es lo que me importa -respondió-. Pero, al menos, podías haberme avisado... ¿Sabes?, he recibido una carta de Kryna y Sylvus, bueno, un mensaje subespacial... se casaron y ella ya ha quedado en estado.

-Me alegro -dijo Finney-. Habrá que felicitarles, supongo.

-Les escribiremos. Pero, ¿no quieres entrar en casa?

-Aguarda un momento -pidió él-. He traído unos documentos para que los firmes. A fin de cuentas, te prometí, una parte de mi pensión...

-¡Oh, qué tonto eres! Brooke, a mí no me interesa tu pensión...

-Lo considero como una obligación, Marcela.

-Si consideras que tienes alguna obligación hacia mí... Bueno, ¿por qué no me pides que me case contigo?

Finney parpadeó.

-¿Lo dices de veras?

Ella se colgó de su brazo.

-Sobre esto, no admitiría una desilusión -contestó apasionadamente-. Hemos vivido una aventura emocionante y creo que ello nos ha unido para siempre. ¿No opinas tú lo mismo?

Finney suspiró.

-Una aventura que pudo haber terminado mal... que, de haber fracasado, podía haber supuesto la desintegración del universo... Cada vez que lo pienso, se me ponen los pelos de punta...

-Todo ha pasado ya -dijo Marcela. De pronto, adoptó una actitud evocadora-. Algunas de nuestras peripecias resultarán difíciles de olvidar, ¿no te parece?

Finney pensó en Myrya. Pese a todo, pese al engaño, habían sido unos días maravillosos.

-No las olvidaremos, pero tampoco nos mortificarán -contestó, a la vez que paseaba el brazo por la cintura de la joven.

El cachorrillo surgió de pronto entre unas matas de flores y ladró alegremente. Marcela lanzó una exclamación de sorpresa.

-¿De dónde ha salido ese perrito?

-Es el sustituto de Dink -contestó él.

Marcela se acuclilló y cogió en brazos al cachorro.

-¿También se llama así?

-No. Le he puesto Jukko, en recuerdo de un mundo muy lejano y en el que vivimos la más extraordinaria de las aventuras. ¿Te parece bien?

Con el perrito sujeto contra su pecho, Marcela le miró intensamente.

-Me parece bien, pero más maravilloso me parece que hayas vuelto a mi lado -respondió.

Finney asió su mano libre.

-Para siempre -aseguró.

FIN